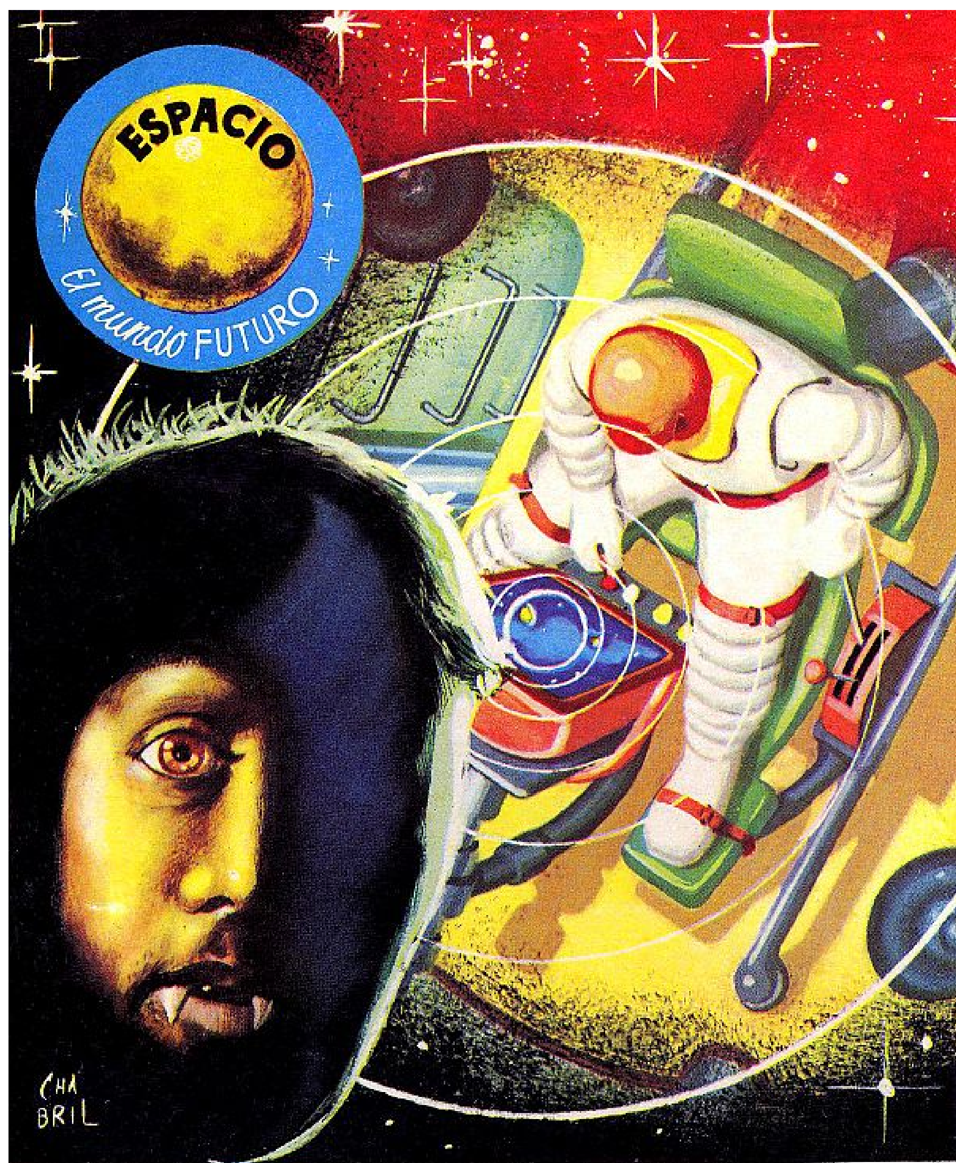


INVASORES DE LA TIERRA

JOHNNY GARLAND

No sé si Juan Gallardo había leído «Los ladrones de cuerpos» de Jack Finney cuando escribió esta novelita, pero desde luego lo parece. Eso sin contar el final de la novela, un clarísimo homenaje a «La guerra de los mundos» de Wells a la que incluso hace referencia explícitamente el protagonista en un momento de la novela.

Sea o no una copia, «Invasores de la Tierra» es un magnífico bolsilibro: su estructura y personajes son simples, pero mantiene un ritmo y una energía narrativa que no decae en ningún momento y esquiva con maestría el típico final apresurado de este tipo de literatura. La ambientación y la sensación opresiva de cuento pesadillesco también están llevadas con pulso e incluso hay algunos momentos terroríficos que permanecen en la memoria del lector, algo no demasiado habitual en los bolsilibros, a decir verdad.

Es interesante el final abierto de la novela que deja la sensación al lector de que ha asistido al inicio de una guerra de la que no va a saber el final.

Ficha extraída de: http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/ficha/4335.



Johnny Garland

Invasores de la tierra

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 71

ePub r1.0
LDS 28.06.18

Título original: *Invasores de la tierra*
Johnny Garland, 1957
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




INVASORES
de la TIERRA

Capítulo primero

Todo Tiene un Principio



reo que en nuestro mundo todo tiene su principio, lógico e indefectible. Cosas que parecen fruto de un asombroso imprevisto, un algo surgido de la nada, repentizado por algún garfio o influencia maléfica, tiene su origen en un determinado suceso, en un acontecer aparentemente falto de trascendencia o de interés.

Yo, naturalmente, no podía saber aquella noche del caluroso mes de agosto que estábamos padeciendo, que ese principio existía ya; que algo, ocurrido muy lejos de mí, y de otros como yo, había sido el prólogo de una increíble y pavorosa serie de acontecimientos.

Sin embargo, siempre he sido propenso a las corazonadas, presentimientos o como se quieran definir esos fenómenos psíquicos que le avisan a uno anticipadamente de algo que está por acontecer.

Nada, de sueños, premoniciones ni demás zarandajas. Simplemente, un presagio. Una sensación, vaga e indefinible de que un desastre estaba próximo a caer sobre mí. Cuál podía ser el desastre, es algo que yo no podía prever. Y de habérmelo dicho alguien, le hubiera enviado al diablo sin ceremonia de ninguna clase.

Acaso la mayor desgracia de un reportero es el carecer de imaginación. Se puede alegar que uno es exacto y sincero en sus crónicas, pero lo que la gente quiere es otra cosa: el mundo se perece por lo morboso y lo desquiciado. Y eso, pronto iba a saberlo por experiencia propia. Lo cierto es que nadie, no sólo en Springs sino en todo el Estado de Nevada, hubiera afirmado que Mark Colby el columnista del Gazette, tuviera un ápice de fantasía para imaginar noticias de esas que hacen vibrar al populacho cuando las lee en los periódicos.

Aquella noche, como en mí era costumbre, cerré mi cubículo de cristal, dentro de la sala de redacción del periódico, y gruñendo una especie de despedida a los pocos que seguían en las mesas, dando furiosamente a las teclas de sus máquinas, mientras transpiraban bajo sus abiertas camisas, salí al aire pegajoso y denso de la calle.

Stella estaba allí. Eso era también casi una costumbre. Al menos, en ella. Sentada al volante de su Cadillac color guinda, tan largo de proa como de popa, me miró con una sonrisa deslumbradora, de esas que sin duda gustaba de reservar exclusivamente para mí, y dijo:

—Buenas noches, Mark. ¿Vienes conmigo?

—Parece que no va a haber otro remedio —repase, a mi vez, suspirando al meterme en el coche, junto a su figura de modelo de la Quinta Avenida.

Claro que no era modelo de nada, y la Quinta Avenida neoyorquina estaba a unas buenas miles de millas de nosotros; pero yo, siempre que deslizaba mi mirada desde la cumbre dorada de sus cabellos, pasando por el agresivo busto, hasta el remate de sus estupendas piernas enfundadas en el mejor nylon, no podía pensar otra cosa. A fin de cuentas, entre ser modelo y millonaria, no media mucho. Y Stella era millonaria como Creso. Acaso un poco menos, pero no mucho.

—No eres muy amable querido —dijo, poniendo su carroza 1957 en marcha—. El día que oiga algún cumplido en tus labios,

empezaré a creer en los milagros.

—Los milagros no pertenecen a nuestro siglo, Stella —respondí, huraño—. Ni siquiera nos los merecemos. ¿Y sabes por qué?

—No. Espero que tú me lo digas —rió ella, divertida, conduciendo sin esperar indicación alguna por mi parte, a través del silencioso Stony Springs.

Siempre me habían disgustado las ciudades medianas como Stony Springs con su hábito de enmudecer y recogerse después de las nueve de la noche. Aquello no era Nueva York, ni siquiera un Los Ángeles o San Francisco. Era simplemente Stony Springs, con sus veinte mil habitantes y su inevitable aire provinciano, perdido como un oasis, junto al terrible desierto de Nevada.

—Verás; recogerme en coche a la salida del trabajo es algo así como humillarme. Yo gano un puñado de miserables dólares semanales en mi periódico. Casi los mismos que tú gastas en gasolina a diario para este carrito tan hermoso. A cada momento, parece como si quisieras recordarme la diferencia que existe entre tú y yo. Te sobra el dinero. A ti y a todos los Hunter. Sois ricos. Te puedes permitir el lujo de practicar como enfermera en el hospital, pero sabes perfectamente que es un deporte para distraer tus largos ocios. Yo no tengo que distraer mis ocios nunca, sino a mis acreedores, que son muchos. El automóvil, modelo de hace diez años, ni siquiera lo conservo ya. Lograron quitármelo por falta de pago el mes pasado. Me hubiera gustado ser yo quien te llevara a ti en él, no al contrario. Me revientan las muchachas con demasiado dinero para sus caprichos, y tú eres una de ellas. Así que prefiero que no vuelvas ninguna noche a recogerme. ¿Entendido, Stella?

—Pero… pero, Mark, yo… no podía saber que pensaras así. Somos buenos amigos, y me parece lógico llevarte a casa, puesto que a estas horas empieza mi turno de noche en el hospital, y tu casa está en mi camino. ¿Cómo puedes ver nada humillante para ti en esto?

—Tengo mis propias ideas sobre las cosas. Y te advierto una cosa: el día que elija chica para casarme, procuraré que sea bien lejos de tu clase social. Me vendría extremadamente ancho tu mundo, preciosidad.

—¡Maldito terco presuntuoso! —Se irritó Stella, dando un frenazo al coche, que casi nos incrusta en los iluminados

escaparates de los Almacenes Barclay, en la esquina con Main Street. Sus centelleantes ojos de color ámbar se clavaron en mí, con una alarmante belicosidad—. ¿Es que has llegado a creer alguna vez que yo… yo, Stella Hunter, a quien le sobran los pretendientes…? Jamás había pensado en ti para seducirte, ni mucho menos. No eres mi tipo.

—Estupendo —acepté, radiante. Cuando una chica dice cosas así, no siente ni una sola de ellas, pero no podía por menos de regocijarme su explosión de cólera—. ¿Quieres que baje? Imagino que ahora estarás mejor sola…

—Puedo acompañarte a tu casa, Mark —ella se tragó su despecho muy dignamente, y se irguió sobre la rueda cremosa del volante—. Aún estás lejos de ella…

—No voy a casa.

—¿No? ¿Adónde, entonces? En Stony Springs no hay clubs nocturnos, ya lo sabes…

—Sí, lo sé —gruñí, con un suspiro de hastío y añoranza—. El lugar adonde voy es lo más distinto a un local nocturno que puedas imaginar. Tengo que hacerle un reportaje al profesor Kossac y a sus animalejos.

—¿A ese viejo loco… y a estas horas de la noche? —se asombró Stella, olvidando su enfado conmigo—. Será mejor que lo dejes para mañana, Mark.

—Da la casualidad que Kossac tiene un hermoso teléfono por el que me ha dicho esta misma tarde que se halla ocupadísimo en sus experimentaciones biológicas, y no va a suspender ninguno de sus trabajos por recibir a un chupatintas. Uso exactamente ese epíteto: chupatintas. Menos mal que me lo han llamado tantas veces que no me hace el menor efecto. Pero lo que sí era tajante y no admitía réplica era eso: sólo me recibirá a estas horas, una vez dadas las diez.

—Pero Sands Farm está lejos, Mark. En el coche tardaremos casi media hora…

—Bien. Hay taxis en Union Square. Aún puedo pagar la carrera…

—¡Imbécil! —Arrancó, con tal violencia que casi me deja atrás, proyectado por los aires. Pero seguimos los dos en el compartimento delantero del Cadillac, que ahora enfiló

directamente hacia el desierto—. Puedo dejarte en Sands Farm, desviándome apenas un par de millas de la carretera general. Desde allí, una vez hecho tu reportaje, puedes pedir un taxi, ya que tu simpático profesor Kossac tiene un magnífico teléfono… ¿O has dicho «hermoso»?

Era más digno callarse, y me callé. No sé por qué razón, Stella siempre ha tenido la virtud de enfurecerme y no lograr darme una vía de escape. La última palabra es indefectiblemente suya.

El «Cadillac» dejó atrás el casco urbano. El calor, en el desierto, era mucho menor. Hasta el punto de que casi hacía frío. Stella debía temblar, con aquella blusa, condenadamente ceñida a su cuerpo, hinchándose con el aire cortante que producía el afilado coche. Yo… bueno, al aparecer a lo lejos las luces de Sands Farm, estaba como un carámbano.

—Para aquí, Stella —pedí, tiritando en el fondo del asiento—. El resto puedo recorrerlo a pie. Vas a llegar tarde al relevo de tu turno de guardia, en el hospital.

—Está bien, Mark.

Aplicó los frenos tan suavemente, que aquello parecía de seda. Las ruedas dejaron de girar sobre la arena. El aire se redujo, pero no el frío sutil del desierto. En torno nuestro, el paraje era desolado como si estuviéramos en el mismísimo Valle de la Muerte.

Y a fin de cuentas, no eran muchas las millas que nos separaban de él.

Unos pobres cactus y chollas pugnaban por sobrevivir, entre páramos de arena tan iguales como las gotas de agua entre sí, únicamente el edificio del profesor Kossac, como una extraña nota de vida y de luz en la oscuridad desolada, brillaba allá, a unos doscientos metros de nosotros.

—Has sido muy amable, Stella —le dije, al abrir la portezuela—. Gracias. Y perdona mis palabras de antes. Creo que he sido demasiado duro. La culpa de todo la tiene el director. Le he pedido tres veces aumento de sueldo, y el viejo avaro sigue dando largas al asunto. Algún día le mandaré al diablo, y me iré a Nueva York, a hacer de gacetillero en cualquier periodicucho.

Yo sabía bien que nunca haría eso, porque ya antes había pasado hambre y calamidades por las calles de Nueva York. Stony Springs era mi refugio de fracasado, Y lo peor es que lo sabía Stella, lo sabía

el director, y lo sabía el cincuenta por ciento del censo de la ciudad.

—Vamos, Mark, olvídalo. —No tuvo importancia alguna.

La chica me sonrió como ella sabía hacerlo. De no haber tenido tantos millones, le hubiera besado los labios. Eran tan rojos y brillantes, que por sí solos justificaban cualquier tentación.

Pero no lo hice. Me eché atrás, sonreí, metiendo mis manos en los bolsillos de parche de mi «*tweed*», y terminé, con toda la sinceridad que cabe en un tipo como yo.

—Gracias, Stella. A pesar de tu dinero, de tu hospital y de tu carroza «Cadillac», eres una buena chica. Hasta mañana.

—Adiós, Mark. Y procura que ninguno de los bichos raros del profesor te produzca pesadillas esta noche…

Entonces sentí la corazonada o lo que fuese, muy viva, intensa. Y tan rápidamente como llegó, se alejó de mí. No supe concretamente lo que había experimentado. Fue demasiado fugaz. Pero sí comprendí que tuve miedo. Un miedo atroz e ilógico, a los «bichos raros» del profesor Kossac, como Stella les llamara, al lugar endiablado que me rodeaba, y a algo más, que no sabía lo que era… pero que durante aquel vivísimo instante pareció acecharme allí, emboscado entre las sombras del desierto, invisible a mis ojos.

Stella ya ponía su coche en marcha. Yo, repuesto de mi rara sensación, iba a alejarme hacia la edificación, larga y cuajada de galerías, ventanales y claraboyas, que era Sands Farm el recinto experimental de uno de los más eminentes biólogos del mundo: Waldo Kossac.

—¡Eh, Mark, mira allá! —gritó de pronto Stella.

Yo me volví. No había alarma alguna en la voz de la joven. Si acaso, curiosidad. De momento, no vi nada. Luego, observé que fijaba su índice en un lejano punto del firmamento, punteado de parpadeos luminosos. Seguí atento la dirección de su dedo… y lo vi.

No podía saber entonces lo que era. Ni imaginarlo siquiera. Ya he dicho que carezco de imaginación, pero no tanto, como para no diferenciar una estrella errante de un cuerpo luminoso mucho más grande y lento. Y aquél lo era. Podía tener, a la distancia que estábamos, el tamaño de un cuarto o quinto de la superficie lunar en su fase llena. Y bajaba como al *ralentí*, muy despacio para ser un astro fugaz, describiendo una elipse alargada. Por último, desapareció tras la línea del horizonte.

—¿Has visto, Mark? —preguntó Stella, intrigada, volviendo a mí su mirada ambarina.

—Sí. Habrá sido un meteoro. Era demasiado grande para ser una estrella errante.

—Cayó cerca del edificio del profesor Kossac —observó Stella, dando rienda suelta a su propia fantasía, que difería notablemente de la mía—. Algo a la izquierda, pero cerca.

—Seguro —reí—. Por lo menos, a quinientas millas. Para un aerolito, eso es caer al lado. Habrá viajado durante años, o tal vez siglos, a través del espacio.

—¿Tú crees realmente que será un aerolito, Mark? —me preguntó, frunciendo el ceño—. Los periódicos han vuelto a hablar de objetos luminosos, vistos en muchos lugares del mundo…

—Oh, si —solté una carcajada, capaz de estremecer a los animales que Kossac guardaba en su alojamiento experimental—. «Platillos Volantes»… Lo había olvidado. Ése es uno de *ellos*.

—Búrlate de mí, Mark, pero eso no era normal. Tenía un color anaranjado, turbio…

—Seguramente estaría al rojo vivo, encanto —expliqué—. ¿No imaginas la fricción con la atmósfera terrestre, lo que puede llegar a producir sobre un cuerpo errante?

—He estudiado lo suficiente para saberlo —dijo ella secamente —. A pesar de todo, sigue pareciéndome raro…

—Ten cuidado en tu marcha hacia el hospital —seguía riendo, más levemente—. A lo mejor te encuentras a unos horribles marcianos de piel verdosa, grandes antenas y ojos saltones, que te preguntan por un surtidor de gasolina próximo.

—¡Vete al diablo, Mark Colby! —Se irritó ella definitivamente, alejándose con su coche por la alfombra crujiente de arena.

Me quedé solo en el desierto. Sólo con la casa del profesor Waldo Kossac, hacia la cual dirigí mis pasos. Los cactus, altos y rígidos, parecían fantasmas. O marcianos de alucinante epidermis y anatomía vertical, siguiendo las fantásticas ideas de Stella… Volví a reír. Esta vez para mí solo, porque evidentemente, en torno mío no había nadie más para divertirse.

Llegué ante un edificio alargado, de techo redondeado, de grandes cristaleras curvas, al estilo de los observatorios astronómicos. La generosidad en vidrio, seguía por paredes, puertas,

ventanas e incluso en un pabellón anexo, de forma cubicular, fríamente geométrica. Suspiré. No podía esperarse demasiado de un biólogo, por eminente qué fuera.

Llamar, y serme franqueado el paso fue todo uno. Cómo si el individuo alto, delgado, de tez cetrina y cabellos ralos, vestido con una bata blanca, tan larga como él mismo, hubiera estado espiando al otro lado de la puerta, para abrirme nada más pulsar yo el sordo timbre.

—Buenas noches, señor Colby —dijo el hombre, con clarividencia inquietante—. El profesor le espera. Porque es usted el periodista del «Gazette», ¿verdad?

Me abstuve de afirmar, porque el hombre lo daba por hecho, no interrogaba. Le seguí por una amplia nave, desnuda de muebles y toda clase de adminículos, hasta enfilar un corredor tan hospitalario y hogareño como la anterior estancia. De este modo, entre vidrieras enormes, fríos muros blancos o grises, y puertas cerradas, sin distintivo alguno sobre ellas, alcancé por fin el lugar donde Kossac en persona estaba aguardándome, un lugar adorable y acogedor…

Waldo Kossac no era mucho menos frió que el metal cromado de sus muebles, o el gris metálico de los muros. Podía medir cinco pies y algunas pulgadas más, no muchas. Tenía el cabello abundante y ondulado, del color gris plomo de su centro experimental, y los ojos rivalizaban también en matiz metálico con todo lo demás. El conjunto, a pesar de la ancha mano que me tendió, era de una gelidez abominable. No usaba gafas, lo cual en un científico resultaba francamente decepcionante. A pesar de todo, le estreché la mano y sentí un calor en la mía.

—Buenas noches, señor Colby —me saludó, indicándome una silla incómoda, de fibra y tubo cromado. Me senté, pensando lo que tardaría en dolerme la espalda. De momento, no me dolió.

—Estaba esperándole. En realidad, nunca me acuesto demasiado pronto, entretenido con mis especies y su desenvolvimiento. Madrugo bastante, pero con unas horas de sueño me basta para estar al otro día fresco y despejado.

—Le entretendré poco tiempo, profesor Kossac —me creí obligado a decir—. Yo preciso de más horas de reposo que usted para acudir a mi periódico a teclear estupideces en mi máquina.

—No tengo mucha prisa —abrió un armario anexo a su mesa y

extrajo dos panzudas copas y una botella de licor—. ¿Me acompaña, señor Colby?

—Sí, gracias —acepté, disimulando mi sorpresa por tales aficiones en un biólogo notable, y agradecido de veras—. En el desierto se pasa frío suficiente para soportar el calor de la ciudad durante dos meses más.

Bebimos. Después, se charló. Fue una entrevista eminentemente científica, aburrida y cargada de datos, citas y menciones que procuré anotar con mi anárquica taquigrafía en el bloc de notas apoyado sobre mis rodillas. Nada digno de citar, porque yo no soy un científico ni estoy aquí para analizar el origen biológico de ciertos fenómenos que ni siquiera conocía por entonces.

Cuando terminé mi tercera copa de aquel dulzón y suave licor, y al mismo tiempo la sexta página del bloc se llenó de raros garabatos, me di cuenta de que eran las once y media. Buena hora para recoger las velas. Se lo indiqué a Kossac y el sabio, cortésmente, tomó su teléfono, para avisar al pueblo, a la parada de taxis. Sin embargo, después pareció pensarlo mejor y después de marcar dos cifras, colgó el auricular. Me miró, con cierto aire enigmático. Sus palabras inmediatas me desconcertaron levemente:

—Uno de mis ayudantes, Kennedy, le acompañará en mi propio coche hasta Stony Springs. ¿Tiene inconveniente?

—Ninguno, gracias.

—Bien. Entonces, sígame. Quiero enseñarle algo que aún no ha visto nadie en el mundo, excepto Baxter y Kennedy, mis ayudantes. No es al periodista a quien se lo mostraré, sino a mi visitante de esta noche, al señor Mark Colby. ¿Quiere hacerme el honor?

Mi curiosidad profesional, aunque frenada por la cauta advertencia del sabio, estaba al rojo vivo. Acepté, con un movimiento de cabeza tan enérgico que me dolió el cuello. Una cosa era entrevistar a un cerebro eminente en el campo de la investigación de la vida y sus misterios científicos, como era Kossac, y otra muy distinta penetrar, en su mundo desconocido, en el misterio de sus investigaciones secretas, que alguien decía eran financiadas por el propio Gobierno de los Estados Unidos.

Me condujo por un nuevo corredor hasta una gran puerta metálica, que se abrió accionando un botón que, sin duda, ponía en marcha, unas ocultas células fotoeléctricas. Me parecieron

precauciones propias de una novela de espionaje barata, pero me callé. Penetramos en un curioso corredor, mitad invernadero, donde crecían, a un lado y otro, altas plantas de carácter tropical, golpeando algunas su encierro de grueso vidrio. El calor allí, era propio del Ecuador, producido artificialmente.

Al final de aquel corredor aclimatado para cultivo de una flora exótica de vivo color y delirante volumen, estaba el pabellón anexo, totalmente de armazón de cristal, que yo viera al llegar ante la casa perdida en el desierto. El profesor Kossac, deteniéndose ante la puerta, manipuló solamente sobre otro ingenio electrónico que movió por sí solo la hoja de grueso metal, y me anunció, ahuecando la voz como en las películas terroríficas:

—Pase, Colby. Va usted a ver ahora cosas asombrosas…

Entré, impresionado, pero con un fondo de escepticismo muy acentuado. Yo, pobre de mí, no podía saber que estaba cruzando el umbral de una modernísima cámara de horrores. Y que el principio de muchas cosas espantosas y terribles quedaba atrás, al penetrar allí con Kossac.

Capítulo II

Misterio Biológico



lamar a todo aquello «cosas asombrosas» era una muestra optimista de Kossac. Porque la verdad es que yo jamás me había enfrentado a semejante mundo. Había oído hablar del profesor Ettienne Wolff, un biólogo notable que había logrado cruces sensacionales en las faunas más diversas; polluelos de cuatro patas, pollos cíclopes de monstruosa cabeza, carnívoros cuyas funciones se provocaban por cultivo artificial y cosas por el estilo. Pero esto…

Esto era no sólo asombroso, sino espeluznante. Hay que imaginar aquella nave vidriosa, con los astros nocturnos al otro lado del empinado tejado de cristales rectangulares, con los ejemplares más gigantescos y pavorosos que yo vi jamás de los arácnidos, lepidópteros, coleópteros, reptiles y saurios pequeños que por alguna extraña razón habían cobrado formas inverosímiles.

Si aquello era biología, si lograr ejemplares así era investigar formas de vida ignoradas por los humanos, Kossac y su ciencia estaban de más. El conjunto era sencillamente repulsivo y cruel. No pude por menos de compadecer a una colosal araña, roja, de patas largas como las de un mosquito pantanoso, en la que un raro cruce de abominable perversidad científica, había provocado el nacimiento de alas membranosas, y la dilatación de sus alucinantes ojos color púrpura. Al entrar yo pareció mirarme malévolamente, mientras batía con sus anormales alas contra los vidrios. Me estremecí hasta la raíz de mis cabellos.

Entonces seguí viendo horrores vivientes, animales cultivados en climas artificiales y sometidos a experimentos increíbles, destinados a crear nuevas razas; en verdad sin motivo Kossac parecía orgulloso de su obra. Me señaló un lagarto amarillento, cuya cabeza abombada y escamosa relucía bajo una cruda luz azul; los ojos eran tan vivos y crueles como los de la araña voladora. Pero este lagarto tenía una peculiaridad: poseía hasta doce o catorce patas, todas en desacuerdo con su naturaleza. Se movía como un horrible ciempiés. Sentí náuseas.

—Mis experimentos son los más completos de todos los trabajos hechos, hasta la fecha por mis colegas. Biólogos eminentes se asustarían ante el punto adonde yo he llegado, amigo mío. Si usted pudiera fotografiar todo este invernadero de animales y publicase mañana las fotografías, sería el primer periodista de la nación, ¿se da cuenta?

—No he traído cámara alguna —dije, mostrando mis manos vacías—. Y bien lo siento.

—Tampoco hubiera entrado aquí, de poseerla —rió Kossac—. Venga, voy a mostrarle algo más. Mi ejemplar favorito, Colby. Mi gran obra de la moderna y revolucionaria biología…

Le seguí hasta una vitrina iluminada en un tono opaco, color anís y agua. Esta vez si estuve a punto de desmayarme. Uno puede ser fuerte, puede pasarse la vida de cronista de la Morgue y asistir a un continuo desfile de cadáveres. Pero no puede ver cosas como aquella que se me ofrecía ante los ojos, separada por una leve muralla de cristal.

Miré la alucinante forma. El cuerpo hinchado, membranoso, repulsivo, cuajado de largos y enjutos tentáculos vibrátiles, vivos

como un demonio… igual a un pulpo monstruoso, de pesadilla, pero más horrible de lo que nadie puede imaginar. Porque su cabeza, o lo que fuese, estaba hinchada al máximo, como si pudiera estallar en cualquier momento; los ojos, igualmente dilatados que los de la araña y el lagarto, tenían un bilioso color opalescente, fosfórico. ¡Y sus rasgos cada vez me parecían más iguales a los de un horrendo ser humano!

—Profesor, esto… esto es horrible —dije, apoyándome en el cristal de un vecino acuario, donde unos largos peces a franjas me miraban, entre burlones y asustados—. ¿Qué… qué ha hecho usted con ese pulpo?

—No es un pulpo —rió Kossac, fijando una mirada hipnotizada en el extraño engendro—. Era un diminuto calamar, mezclado ahí con cientos de peces diversos. Un día, después de experimentar con él, comprendí que el pulpo y sus derivados no se prestan a variaciones importantes en el campo de la biología orgánica, y le dejé ahí, en ese acuario, sin molestarlo más. Tardé semanas enteras en darme cuenta de que iba creciendo, creciendo alarmantemente, sobre todo su cabeza, que se inflamaba día a día, apareciendo sobre ella unas venillas azules, *como si fuese humano*. Me asusté al principio. Yo no había hecho nada anormal con él. Le inyecté la misma substancia que estaba empleando con otros animales: sangre cultivada, de ciertos animales. No era lógico tal cambio. Ahí puede ver mis frascos de plasma sanguíneo, para experimentos así.

Me señaló una vitrina en la que yo ni siquiera me había fijado, ante tanto horror viviente. Allí, al menos, no vi nada espantable. Sólo hileras de frascos, precintados y herméticos, tras cuyo vidrio coloreado se adivinaba una substancia espesa y oscura. Habría unos sesenta o setenta frascos. Pero en ninguno de ellos, por fortuna, había nada notable. Volví a mirar, fascinado, el tremendo ser cuajado de tentáculos, cuyos ojos tenían un brillo y una inteligencia casi humanos, y cuya faz se abultaba con formas propias de un rostro racional.

—¿Y *ése*… ése con qué clase de sangre lo alimentó? —balbuceé mareado.

—Plasma de hiena. Colby —dijo Kossac—. Decepcionante, ¿verdad? Nada sugiere que de una mezcla con sangre de hiena, cazada por mis ayudantes en este mismo desierto, pueda surgir ese

cambio asombroso. Por eso le dije que era mi gran obra biológica. He cambiado la genética de ese ser hasta extremos increíbles. Un día, advertí que devoraba, uno por uno a los peces que convivían con él. Ha terminado completamente solo en su vitrina de cristal. Sigue creciendo, y pronto rebasará las dimensiones de esa urna. ¿Qué ocurrirá entonces?

—Sí, profesor —le insté, acusador—. ¿Qué ocurrirá entonces? Es de suponer que muera, fuera de su elemento…

—Eso supone usted, Colby, Pero yo dudo. —Kossac se volvió a mí. Ya no había orgullo en su voz. Sólo dudas, inquietudes… miedo. Me apartó de la proximidad del monstruo, como si temiera que él pudiese oírnos, y siguió, con voz muy ronca—. A veces, Colby, me siento asustado. No sé por qué, pero tengo miedo. Miedo a que ese ejemplar, precisamente, se escape de mis manos, de mi propia fuerza, y entonces haya creado un monstruo al que no pueda parar. No es natural, ni siquiera en el más revolucionario cambio de la transmutación biológica, que un ser cambie así. Pero no es sólo esto lo que más preocupa, Colby. Por eso le he pedido que viera esto. Si ocurre algún día algo, quiero que al menos usted sepa la verdad. Que esté enterado de que hasta un hombre como yo, que domina y rige los cambios de vida de sus criaturas, teme perder ese control y hundirse en una empresa horrible.

—En un científico, su temor resulta ingenuo, profesor —le dije rudamente—. Usted lo ha creado. No puede asustarle su propia obra.

—Y, sin embargo, me asusta. Porque a veces tengo la sensación de que *no es mi obra…* —Se estremeció, muy pálido. De su fingida serenidad y dominio apenas quedaba nada—. Experimento la vecindad de algo horrible, de algo superior a mí, que rige mis actos y que incluso se mete en mi cerebro… ¡Colby, si algo me sucede, usted tiene que ayudar al mundo a saber lo que yo temía! ¡Prométame guardar silencio por ahora, sobre lo que ha visto… y hablar, si llega la ocasión! ¡Prométamelo, por el amor de Dios!

No podía saber por qué confiaba precisamente en mí. Nadie se fía nunca de la discreción de un reportero. Y, sin embargo, sin conocerme, Kossac se entregaba en mis manos. Podía ser una treta publicitaria, pero no lo creía, Él no tenía fama de propagandista de sí mismo.

—Está bien —dije, tras un silencio, largo y pesado—. No tengo derecho a inmiscuirme en sus cosas. Usted se ha fiado de mí al traerme aquí, y no voy a defraudarle. Nadie sabrá nada… mientras no sea absolutamente preciso. Y Dios quiera que no llegue a serlo nunca, profesor.

—Gracias, Colby —me dijo—. Ahora, volvamos a la casa. Kennedy le llevará a Stony Springs.

Volvimos a cruzar el corredor del invernadero. Dirigí mi última mirada al terrorífico cruce de plasma de carnívoro y vida submarina. Más que nunca, los ojos dilatados del monstruo cultivado se fijaron en mí con maldad infinita, feroz. Y tan insistentes como si fijara en su hinchado cerebro mi imagen y persona. Sentí un escalofrío atroz. Ya, ni siquiera el horrible lagarto, la araña roja con alas y otros bichos por el estilo, podían impresionarme. Aunque todos poseían la rara cualidad de su malevolencia en los ojos, y de la peculiar inflamación de tejidos cerebrales.

Cuando la puerta metálica se cerró detrás nuestro, suspiré con alivio. Y todo me pareció una estúpida pesadilla, imposible de tener realidad alguna. Kossac había vuelto a ser el hombre frío y cortés de siempre. Atravesamos entre altas especies florales, de vivo color y gran tamaño, obtenidas sin duda también a base de cruces y cultivos complicados. Kossac no se detenía ante nada, cuando de investigar la vida, en cualquier de sus formas, se tratase.

—Buenas noches, señor Colby —se despidió cortésmente Kossac, mientras Kennedy, un gordinflón, vestido con larga bata blanca, igual que el alto individuo que me abriera al llegar, ponía en marcha el motor de un práctico «ranger» de carrocería amarillo y marrón—. No olvide nada de cuanto esta noche ha visto aquí. Si alguna vez llega a dudar de lo que presenció y cree que es un sueño, recuerde que yo, Waldo Kossac, el biólogo más importante de América, he sentido miedo en este invernadero viviente. No olvide nunca eso… ni mi ruego de antes, por favor.

—No lo olvidaré —prometí, lleno de aprensión, aunque en el fondo todo tenía el tono absurdo y melodramático de una mala novela de horror—. Buenas noches, profesor.

—Adiós… y gracias, Colby.

Fueron sus últimas palabras. Nos alejamos con el coche por la

arena cuajada de chollas y cactus, en busca del centro urbano. Yo respiré al ver hundirse en la noche, tras de mí, las luces del largo edificio, sus muros fríos, la silueta gris de Kossac, erguido en la puerta, y el paraje mismo.

Era como si me sintiera liberado de algún influjo extraño. Hasta aquel momento, todo me había parecido real, posible, dentro de su monstruosidad. Ahora, analizado fríamente, mientras el silencioso Kennedy guiaba a través del desierto, en busca de la carretera general y el frío se metía por las rendijas de las ventanillas, todo tenía un aire grotesco e inverosímil que causaba hilaridad.

A pesar de todo, no me pude reír. Recordé las palabras de Kossac: «Si alguna vez llega a dudar de lo que presenció, recuerde que yo, Waldo Kossac, he sentido miedo». *¡Miedo!*

Sí. Era miedo lo que él mismo, Mark Colby, el escéptico, había sentido aquella noche, al bajar del «Cadillac» de Stella Hunter. Miedo lo que le produjo la visión horrible del invernadero de seres vivos, sometidos a cultivo, y miedo lo que volvía a experimentar ahora, estremeciendo sus nervios, sin saber por qué.

Eso era lo peor. Él, que carecía de imaginación, sentía miedo… y no sabía a qué.

CAPÍTULO III

«ALGO» ENTRE NOSOTROS

l día siguiente publiqué el reportaje en la «Gazette» de Stony Springs, sin comentar nada sobre lo que viera dentro del centro experimental. Con el tiempo, Waldo Kossac y sus chifladuras se fueron borrando de mi mente.

El aumento de sueldo, la asiduidad de Stella y otros pequeños problemas cotidianos ocupaban en exceso mi mente, para recordar incidencias que no me afectaban. Por supuesto, dos semanas más tarde, el viejo director seguía sin soltar prenda. Empezaba a perder mis escasas esperanzas de obtener aumento alguno.

Malhumorado, salí de la oficina. Stella no estaba en la calle, esperándome. Era demasiado pronto para eso. Había sido festivo, no sé por qué causa, y probablemente estaría en una de sus insoportables «parties» sociales. Empezaba a oscurecer cuando me dirigí a casa, caminando por la Avenida Lincoln. Saludé a varios

conocidos. Todo era normal. Ni el más imaginativo podía suponer que algo anduviese ya mal en nuestra comunidad ciudadana…

Entré en el bar de Marty. Era un sitio acogedor y cuidado, donde servían el mejor «*whisky*» de todo Stony Springs. Me sorprendió no ver, como siempre, al bullicioso y alegre Marty detrás del mostrador. En su lugar, el larguirucho de Fred Scott se ocupaba en agitar una niquelada coctelera. Me saludó cordialmente.

—Hola, Fred —dije, encaramándome en un alto taburete—. ¿Qué ha sido hoy del jefe?

—Tiene jaqueca —rió Scott—. Sin duda de oírse a sí mismo. Tuvo que ir a casa a acostarse.

—Vaya; eso no es corriente —dije—. Jamás he sabido que Marty tuviera un dolor. El hombre de hierro empieza a fallarnos, ¿eh?

Reímos los dos. Fred, sin esperar indicación alguna, me sirvió un doble «*whisky*». Allí conocían bien mis gustos. Miré en torno. Se advertía la fecha festiva incluso en los locales. Aparte de Fred, tres clientes y yo, allí no había más que los peces del acuario y su tremendo cangrejo o lo que fuese. Me estremecí, recordando los acuarios de Kossac, y volví mi atención al mostrador, Fred estaba pálido y se apoyaba en el estante de la caja registradora, llevándose una mano a las sienes. Me alarmé.

—Eh, muchacho, ¿qué mil diablos te ocurre a ti ahora? —inquirí.

—Nada, Nada… —balbuceó, con voz ronca. Se apartó la mano, respirando hondo—. Ya ha pasado… Creí que se me había contagiado la jaqueca de Marty.

Se echó a reír alegremente, y yo le acompañé. Pero no dejé de observar que las venas de sus sienes se habían hinchado, y le brillaban los ojos, excitadamente. Iba a hacerle notar que sería mejor que tomase unas aspirinas y descansara un poco, cuando alguien me llamó, a mis espaldas:

—¡Eh, Mark! ¿Pero dónde te metes?

Era ella, claro está, mi inseparable Stella. Lucía un conjunto estival, en color amarillo y azul, verdaderamente encantador. Pero era ella misma quien lo hacía encantador. Cruzó con taconeo ágil la distancia desde la puerta al mostrador. Se sentó junto a mí, con un revuelo de tela amarilla. Pidió a Fred Scott un «manhattan», y luego se volvió de cara a mí.

—Bien, bien, señor Colby. ¿De modo que trabajando en día festivo? Eso es ofender a Dios. Debieras de estar en el campo, en una reunión, en un cine acaso, y no encerrado en tu periódico. ¿Crees que por eso van a aumentarte el sueldo?

—No me lo aumentan —mascullé, contrariado—. Eso es lo que he estado buscando hoy, metido en mi cuchitril. Pero todo fue inútil, Stella.

—Brindemos, entonces, por tu fracaso —rió la muchacha, alzando el «manhattan» que Fred ponía ante ella—. No siempre han de ser los éxitos los que se celebren.

—Tus bromas son de pésimo gusto —gruñí—. Es fácil bromear cuando se tiene la cuenta corriente bien provista. Pero ese aumento era mi última esperanza. No me devolverán el coche, porque no puedo pagar los plazos pendientes. Y posiblemente acaben echándome de casa. Un bello panorama el mío.

—Todos los genios han pasado sus apuros hasta triunfar —no supe si hablaba en serio o no, y eso la salvó de una severa represalia —. No temas, que aún puedes salvarte del desastre. Eres periodista por espíritu, ¿no es eso? Pues busca noticias sensacionales, algo revolucionario, que te de nombre…

—¡Bah!, esas cosas no se dan hoy en día, Stella. —Con un gesto pedí mi segundo «*whisky*» doble. Fred parecía caminar entre nubes, y su rostro estaba congestionado—. ¿Qué quieres que escriba? ¿Un reportaje sensacionalista sobre el meteoro que cayó la otra noche, cuando fuimos juntos a casa de Waldo Kossac?

—Espera un momento, Mark —ella se tornó súbitamente seria—. A propósito de eso he querido decirte algo estos días, y no lo he recordado nunca. Tú dijiste que aquello era un aerolito, ¿no?

—Pues, sí.

—He leído atentamente todos los periódicos durante estos días. Nadie ha visto ni rastro del aerolito en cuestión, aunque un granjero de Las Vegas asegura haber visto, a la misma hora, un gran objeto anaranjado, que hendía el espacio hacia su hacienda. Huyó, despavorido. Al volver, no encontró el más leve rastro del aerolito.

—Fantasías —mascullé—. No creo en esas versiones populares. La gente es dada a ver cosas que no existen.

—Ésa es tu opinión, hombre escéptico. Pero te aseguro que esos fenómenos no están claros.

Terminamos nuestras consumiciones, pagué a Fred, que me miró con ojos brillantes, y le dije al bajar del taburete:

—Anda, muchacho, tómate un par de aspirinas y acuéstate. Te va a estallar la cabeza…

—Sí, Colby, creo que tienes razón —asintió él, dócilmente.

Stella pagó su propio gasto, y salimos juntos del bar. Allí estaba el inevitable «Cadillac» color guinda, lo miré, irritado.

—No voy a subir en él, Stella. Hoy no. Tengo ganas de pasear.

—Bien. Pasearemos los dos —rió ella, traviesamente. Y se puso a caminar junto a mí—. El otro día hablé con el doctor Browner sobre la extraña epidemia, de dolores de cabeza que hay ahora.

—¿Dolores de cabeza? —Instantáneamente recordé a Fred y a Marty—. ¿Qué hay de eso?

—Browner no lo sabe. Pero incluso en el hospital tenemos a la mitad del personal con jaquecas frecuentes. Temíamos que pudiera ser el principio de una epidemia de alguna dolencia especial, pero no parece obedecer a enfermedad alguna. El dolor se les pasa, sin dejar rastro. Ésa hubiera podido ser una noticia grande para ti, de existir principio de epidemia.

—Dios no lo quiera —rogué—. No quiero la popularidad a costa de una cosa así.

Seguimos paseando, hasta alcanzar Main Street, muy iluminada y bulliciosa a la sazón. Ya era noche cerrada, y la ciudad hervía en actividad festiva. Todo normal, sencillo, lo que uno ve cada día de su vida en el lugar donde reside. Saludábamos a personas conocidas.

Nadie me puede culpar de que yo entonces no viese aún nada extraño en el ambiente. Lo cierto es que no podía verlo, como no podía verlo nadie. Eso sí, una idea vaga y difusa me rondaba la cabeza. Algo que había visto poco antes, algo que me recordó un pensamiento horrible, subconsciente y que, por cierto, tampoco podía localizar en mi cerebro. La charla, fácil y alegre de Stella, me quitó la preocupación.

Así llegamos hasta la residencia Hunter. Amplia, moderna y rodeada de arriates, sin verja ni tapia que la circundase. La acera de Main Street bordeaba los arriates, verdes y esponjosos. Detrás de ellos, la casa de Stella y su familia ofrecía su arquitectura angular, destacando de todos los demás edificios de la calle.

Creí que Stella iba a quedarse en su residencia, pero me manifestó que seguiría paseando un buen rato. Después, regresaría a por el coche. Incluso podíamos ir a cenar a
Kincey's.
Me estremecí.
Kincey's
es el lugar más caro y aristocrático de Stony Springs. Algo así como el Stork en Nueva York. Pero Stella me quitó la idea de la mente, al decir que los Hunter tenían allí cuenta abierta, y que todo corría a su cargo. No me gusta ser invitado por una chica, pero temía volver a casa y enfrentarme con mi patrona. Le debía casi dos meses de alquiler…

Un hombre, a veces, ha de hacer cosas así. Una hora después, estábamos cenando en el
Kincey's.
La suave música de una orquesta negra nos invitó a danzar entre plato y plato. Stella bailaba bien. Y era tan atractiva la endiablada… Sentí vacilar mi rencor hacia ella y su apellido, cargado de signos del dólar.

—Tú y yo podríamos ser felices, Mark —me dijo, cuando el lánguido «blue» entraba en su última fase—. Deja tu maldito orgullo y hazme caso. Cualquier empleo con mi padre te proporcionaría más ganancias que estar emborronando papeles para tu avaro director.

—No, gracias. Me horrorizan las limosnas.

—¿Limosnas? A veces eres muy desagradable, Mark. Nadie habla de caridades aquí. Eres joven, inteligente y vales para cualquier cosa en la vida, menos para esclavizarte y por unos dólares perder todo lo que tienes derecho a poseer por tu trabajo… Mark, piénsalo.

—Lo pensaré, encanto, pero no te hagas ilusiones. No quiero esclavizarme más…

El baile estaba echado a perder, después de eso. Irrité a Stella, y volvimos a la mesa, un camarero nos esperaba, en pie junto al champaña helado y los fiambres intactos.

—Señorita Hunter, la llaman al teléfono —dijo el empleado de Kincey's.

—Bien. Dígales que no estoy. No he venido a cenar aquí esta

noche.

—Ya se lo he dicho, señorita, pero no ha surtido efecto. Es del hospital, y dicen que muy urgente.

Stella saltó de su asiento, cuando aún no se había sentado en él. Sin más rodeos, corrió al teléfono del vestíbulo. Yo la seguí, quedándome prudentemente a la salida del restaurante. La Stella que volvió, un minuto después, era otra. Más pálida, alterada y presurosa.

—Vamos, Mark. Es cosa urgente. Y puede ser noticia para ti. Nadie más que nosotros lo sabe aún en Stony Springs.

—¿Pero qué mil diablos sucede? —estallé—. ¿Es que nos vamos sin cenar?

—Me temo que sí, Mark, a menos que no quieras quedarte tú aquí, esperándome. Pero el doctor Browner está totalmente inmovilizado por agudísimos dolores de cabeza, y ese mismo mal ha provocado la muerte del enfermero Richards. Acaba de arrojarse por la ventana del quirófano, estrellándose en el pavimento del patio central…

—¡Demonios! —Y no dije más, pues ya Stella había salido del vestíbulo.

Pero Stella ya suponía que yo no iba a quedarme allí, tomando fiambres y champaña helado por hambriento que estuviese. Aquello podía ser noticia. Aquello era noticia, incluso antes de que saliéramos a la calle y pasaran dos coches del servicio local de bomberos haciendo ulular sus sirenas estridentemente.

Stella y yo corrimos hacia un coche de alquiler, parado allí cerca. Ella se metió dentro, sin pensar siquiera en que su «Cadillac» estaba aparcado cuatro calles más abajo, y ordenó:

—¡Al hospital Bellamy, a toda prisa! Es muy urgente…

—Vaya, hoy todo el mundo tiene prisa —masculló el taxista, poniendo su coche en marcha—. La policía y esos bomberos vuelan más que corren. Total, no sé para qué…

—¿Pues qué ocurre? —interrogué yo—. ¿También van ellos al hospital?

—No… He oído comentarios, señor. Creo que van a casa de ese chiflado del profesor Kossac, el de Sands Farm, en el desierto.

—¿Qué es lo que le pasa a Kossac? —salté, ante la sorpresa de Stella, sintiendo que se me erizaban los cabellos.

—Oh, a él no sé. Pero parece ser que ha habido una catástrofe en su residencia, y los animaluchos que mantiene ahí, se le han escapado… Un ayudante suyo ha muerto…

Nada más que eso. Me dejé caer contra el respaldo del asiento, sin respiración ni ánimos para decir nada.

* * *

El hospital Bellamy, a unas quince millas de Stony Springs, y a dos o tres de Sands Farm, siguiendo la carretera general, era lo más parecido a una casa de locos que yo he visto jamás. Al menos, en aquellas circunstancias.

Era cierto que un enfermero, un tal Cliff Richards, se había estrellado contra el asfalto de un patio, después de arrojarse per la ventana de la sala de operaciones del pabellón C. Y era también muy cierto que el doctor Browner, director del establecimiento clínico, yacía presa de agudos dolores de cabeza, igual que dos o tres enfermeros del lugar. Nos enteramos de la veracidad de todo ello según entrábamos en el blanco edificio rectangular, lanzándonos acto seguido escaleras arriba, en busca de mayores detalles del drama.

Un tal doctor Walcott, nos paró en la antesala del gabinete privado del doctor Browner. Era el subdirector del hospital, y se dirigió directamente a Stella, ignorándome a mí por completo.

—Espere, señorita Hunter —dijo muy profesionalmente. No es conveniente que molestemos ahora al doctor Browner. Su molestia cerebral es muy aguda en estos momentos.

—Pero ¿a qué se debe eso, doctor Walcott? —se excitó Stella—. El doctor Browner no ha padecido jamás de la cabeza…

—No. Tampoco padecía Richard, según su ficha clínica. Y sin embargo, sus dolores fueron tan violentos, e irresistibles, que el pobre desdichado se lanzó contra la vidriera del quirófano, terminando allí su vida.

—Dios mío…. —Stella se apoyó en una incómoda mesa de tubo cromado, que me recordó los muebles de Kossac—. Parece una pesadilla absurda. ¿Qué es lo que puede producir ese dolor de cabeza tan intensó?

—Nadie lo sabe por ahora —sonrió Walcott, sin poder evitar que

la preocupación asomara a sus ojos—. Estamos investigándolo, para tomar las debidas precauciones, si se tratase de una epidemia parecida a la poliomielitis o cosa así, estrictamente cerebral. Mientras no se le practique la autopsia a Richards, veo difícil sacar algo en claro.

A mí todo aquello me parecía una solemne estupidez. ¿Qué podía importar la naturaleza de la dolencia? Lo único evidente era que esa epidemia, fuese lo que fuese, existía. No era posible que en un solo día, Richards, Browner, Marty, Fred y otros muchos, padeciesen dolores de cabeza capaces de provocar un acceso de locura. ¿Ante qué diabólica enfermedad nos encontrábamos? La profesional indiferencia del doctor Walcott me sublevó. Por ello me adelanté, y dije, en un tono demasiado alto para, utilizar en un hospital donde yo era poco menos que un intruso:

—Escuche, doctor Walcott. No se trata ya de analizar la enfermedad en sí, sino de evitar que se propague o de poner los medios para que la gente lo combata. Yo he visto esta noche a un hombre cuyas sienes parecían a punto de estallar, y cuyos ojos brillaban como brasas. Suplía tras un mostrador a otro hombre cuyo dolor le había recluido en el lecho. No creo que ellos hayan tenido contacto alguno con nadie de este local. Por tanto, ¿cómo se propaga esa epidemia, y qué puede ser en sí? Es lo que cuenta ahora, doctor. Lo evidente es que el mal existe. Y que debemos de advertir a las gentes de ello, para evitar peores consecuencias.

—¿Quién es usted, joven? —me preguntó suavemente el doctor Walcott.

—Mark Colby, del «Gazette».

—¿Periodista? —Miró con un frío reproche a Stella—. ¿Por qué le ha traído, señorita Hunter? No necesitamos aquí a la prensa, sino médicos, personas con conocimientos sanitarios o por lo menos curiosos con sentido de la prudencia. Pero nunca periodistas…

—¿Acaso les estorba mi presencia aquí? —desafié al médico, furioso.

—Sí, señor Colby —me contempló como a una rata de experimentación—. Nos molestan los hombres que gustan de la publicidad y del reclamo. Están reñidos con nuestra profesión, señor. Yo mismo he padecido esos dolores de cabeza hace apenas un par de días. Y sin embargo, los análisis que me hice a mí mismo,

y los que mis compañeros me han hecho, así como toda clase de estudios clínicos, han dado resultado negativo. ¿Acaso usted es más sabio que nosotros en el campo de la Medicina, y puede sugerirme la clase de enfermedad sin claros síntomas, que podamos padecer los que hemos sentido esos agudos dolores de cabeza?

—¿Usted los ha sentido también? —Le miré con renovado interés. Advertí sus sienes, con las venas ligeramente hinchadas, y el brillo peculiar de sus ojos. No dudé—. ¿Y qué sentía, doctor? ¿Por qué no se arrojó usted también a través del ventanal?

—Hubiera sido absurdo —se echó a reír, divertido por mi sugerencia—. Era un dolor fuerte, sí. A veces, parecía que las sienes, fueran a estallar; algo así como si las meninges sufrieran una inflamación asombrosa. Pero cualquier mente equilibrada puede soportar un dolor así, sin buscar el alivio en un arrebato estúpido. Eso denota debilidad, señor Colby. Debilidad física, mental y espiritual. Richards era pobre de espíritu, y nada inteligente. Acaso ahí estribó la razón de su desesperado acto de rebeldía contra el dolor de sus sienes…

Asentí con un movimiento de cabeza. Sí, acaso sería así. Dentro de lo fantástico de la hipótesis, tenía cierto sentido. Stella estaba despojándose de su chaquetilla azul, para suplirla por una bata blanca que únicamente podía sentarle bien a ella. Lo curioso era que moldeaba sus formas admirablemente. Lo precario de la situación no me dejó de advertirlo. Uno, por encima de todo, es humano. Y débil, si se fiaba uno de las teorías del doctor Walcott.

—Mark, vas a perdonarme, pero tengo que quedarme aquí —miró a Walcott—. ¿Seré necesaria?

—Desde luego, señorita Hunter —asintió él—. No sabemos lo que le puede ocurrir al doctor Browner en las próximas horas. Usted y yo haremos guardia permanente en el establecimiento durante el resto de la noche.

—Bien, Stella, es tu deber, pero yo tengo otras cosas que hacer —clavé en Walcott una mirada vaga—. ¿Puedo ver el cadáver de Richards? Hablo en nombre de mi periódico ahora.

—A usted, señor Colby, le diría que no. Su periódico tiene derecho a ser informado. Baje al depósito. El enfermero Parker le mostrará el cuerpo de nuestro desdichado compañero.

—Mark, ¿vas a irte después de… de examinarlo? —me preguntó

Stella algo preocupada.

—Sí, encanto. Esto no es para mí. El olor a cloro y a yodo me da náuseas. Acaso sea alérgico al ambiente clínico. De un modo u otro, quiero darme una vuelta por casa de Waldo Kossac. Después tendré faena en mi periódico para toda la noche.

—Está bien. Llámame cuantas veces quieras, Mark. Me gustará estar en contacto contigo.

—Descuida. Quizá me haga falta hacerlo más veces de las que espero. Hasta mañana.

Salí del hospital con una sensación de vacío en el estómago, que no hubiera podido llenar ni con cien platos de fiambre y veinte botellas de champaña, porque era otra clase de vacío.

El taxi no se había movido aún de frente el hospital. Le indiqué que esperase unos minutos, y luego me dirigí al depósito. Un funcionario con blanca bata y rostro tan cadavérico como el de sus clientes, me recibió, nada amable. Tuve que nombrarle a Stella y al doctor Walcott para que accediese a mostrarme el cuerpo de Richard, el enfermero muerto.

No hay cosa peor que un depósito de cadáveres, una Morgue o como quiera llamársele. Huele a algo indefinible y molesto, como un búcaro de flores pasadas. Quizá peor. El aroma a desinfectantes no logra quitar de uno la impresión de que aquel frío maloliente que le rodea es lo propio de una tumba cuya losa se ha cerrado encima, al bajar a ella.

El desgraciado Cliff Richards contribuyó en mucho a encoger mi vacío del estómago, hasta el punto de sentirme realmente, enfermo. No había salido muy bien librado de la zambullida a través de los vidrios del quirófano. La cara era algo informe y sanguinolento, macerado salvajemente en su choque con el asfalto. Pero yo no me fijé en eso. No sé por qué razón, había empezado a dudar de ese refrán que alude a la cara como espejo del alma. Era el cráneo de las personas el que me atraía con la inexplicable fuerza de un imán desconcertante. Y vi su frente abombada, sus azuladas venas, petrificadas por la muerte. Más abajo, no podía verse nada en absoluto.

Me encaminé a la salida del depósito, procurando razonar con algo de serenidad en aquel delirante caos de ataques cerebrales, locuras y ojos brillantes.

¿Dónde había visto yo antes, mucho antes, algo parecido? No lograba dar con ello, la idea se me iba de la mente con machacona insistencia, como si algo ajeno a mí mismo luchara bajo el casco de mi cráneo por quitarme el pensamiento del cerebro.

Algo, ajeno a mí mismo… ¿Por qué me estremecí al llegar a la puerta del depósito? Entonces, no podía saber aún el porqué. Ni suponer que faltaba poco para que desvelase el inconcebible enigma. Pero sí experimenté por tercera vez un miedo instintivo y atroz hacia aquel inconcreto, inmaterial algo que mi mente, con su automatismo rápidamente borrado, había sospechado.

Tal vez la sospecha hizo reír a alguien, justamente a las puertas de mi cerebro. Pero yo no lo sabía. No sabía nada de nada, y me despedí mecánicamente del conserje de blanca bata y rostro espectral, en el que ni siquiera pudo sorprenderme el hecho de que estuviera sujetándose las sienes con sus esqueléticas manos, y no me respondiera a la despedida.

* * *

La residencia de Waldo Kossac era un verdadero desorden. Todo el silencio y hermetismo propio de los experimentos biológicos, se había ido al diablo con la llegada de bomberos, policías y curiosos. Saludé al «*sheriff*» Davies, que apenas me contestó. La prensa era siempre esperada en sucesos así. Sin que nadie me hiciera caso, llegué hasta el interior del edificio. Todo parecía en orden. Todo intacto. Todo… hasta que uno llegaba ante el invernadero largo que concluía en el encristalado pabellón de los animales.

No quedaba ni una sola planta con vida, como si alguien se hubiera complacido en destrozarlas, pisoteándolas cruelmente, sin piedad alguna. Los tallos, brotes y hojas, eran simples pulpas deformes. Como la cabeza de Richards, en el hospital. Me estremeció la idea.

—Señor Colby, ¿es usted? —La voz sonaba ronca, rasposa, a mis espaldas.

Me volví, encontrándome cara a cara con el largo y delgado Baxter, el ayudante de Kossac, compañero de Kennedy. Su color no difería mucho del de Parker, el portero del depósito.

—Hola, Baxter, ¿qué mil diablos ha ocurrido aquí? —pregunté.

—Algo horrible, señor Colby —me dijo, temeroso.

Miró en torno suyo, antes de dar dos o tres pasos hacia mí, aferrarse a mi brazo como si él fuera un náufrago y yo un bote de salvamento. Luego, escupió palabras veloces y deshilvanadas:

—Ellos no pueden imaginarlo… No adelantaríamos nada contándoles… Pero usted ha visto… ha visto aquellos animales… Ahora, todos andan por ahí, sueltos, en libertad… destruyéndolo todo, como destruyeron a Kennedy…

—¿A Kennedy? ¿Quién destruyó a Kennedy, Baxter? Eso carece de sentido.

—Venga, venga conmigo al pabellón… y lo verá. Ahora ya no están allí los policías. Es Kossac quien les interesa. Vamos los dos allá…

Yo debía haber visto su mirada extraviada, su anormal hinchazón de las sienes, pero confieso que no vi nada. Seguía siendo por entonces un maldito idiota, metido en un lío demasiado grande para imaginar nada ni sospechar cosa alguna. Le seguí por entre tallos machacados y hojas exóticas convertidas en pulpa fragante. Me asombró ver, abiertas de par en par, las puertas metálicas, de engranaje electrónico. Ni un roce, ni una violencia sobre ellas. Y yo no había advertido, al llegar, rotura alguna en los muros de vidrio del pabellón. ¿Por dónde diablos habrían salido los monstruosos bichos del profesor Kossac?

Sin duda, nada de lo que se había quedado en el pabellón de cristales interesaba a policías ni bomberos, porque allí no había nadie. Sólo vitrinas rotas, una alfombra de vidrios despedazados, pulverizados hasta lo indecible, sobre los que crujían nuestros zapatos ominosamente. Agua de los acuarios, rocas artificiales… y un tremendo charco granate oscuro, viscoso y reluciente. Plasma sanguíneo, desparramado de sesenta o setenta botellines, rotos por el suelo. Resultaba curioso lo poco que abultaba la sangre de tanto recipiente.

En el acto, recordé al horrible pulpo gigante del acuario, Miré allí. Nada… Muros de cristal astillados espantosamente, agua por el suelo, en charcos casi secos. Pero ni rastro del abominable ser de hinchada cabeza y alucinantes ojos.

Hinchada cabeza… alucinantes ojos…. HINCHADA CABEZA… ALUCINANTES OJOS… ¡Y VENAS ACENTUADAS SOBRE SU VISCOSA

EPIDERMIS!… El pabellón entero, con su vacío espantoso, me dio vueltas… El pulpo de facciones humanas… la araña roja, alada… El lagarto de muchas patas… ¡con sus cabezas hinchadas y sus ojos brillantes, malignos y crueles!

Me volví, acometido de fuertes náuseas, a mi compañero. Empecé a decir:

—Baxter, ahora entiendo… Empiezo a…

No empecé nada. Ni siquiera a hablar. Baxter no se había ido de allí. Estaba aún ante mí. Y no se había convertido en un insecto ciclópeo de mil patas. Pero le faltaba muy poco. Retrocedí, horrorizado.

Por vez primera, me vi frente a frente con el horror. EL HORROR VIVIENTE QUE SE NOS ECHABA ENCIMA, QUE VIVÍA ENTRE NOSOTROS Y EMPEZABA A DOMINARNOS…

CAPÍTULO IV

EL HORROR


lguien os habrá hablado del imaginario ectoplasma espectral que los «médiums» en trance despiden de sí. Yo nunca ha creído en ello, y sigo sin creer. Pero aquello era mucho mas horrible y alucinante, aunque lo recordaba de un modo vago y muy impreciso.

La luz el pabellón de los animales era ahora escasa, una vez rotas las instalaciones de las vitrinas en la fuga de los animales sometidos a estudio.

Y a aquella azulada claridad, la escena tuvo caracteres dantescos, monstruosos, muy ajenos a todo lo que uno ha aprendido a admitir como real y posible en nuestro pequeño y rutinario mundo.

De todo ello, nada se le pareció jamás a lo que empezaba a ser el enjuto y larguirucho Baxter, ayudante de Kossac. Ya no era

humano, ni siquiera tenía forma de tal. Su rostro, su cuerpo, se diluían materialmente ante mí… convertidos en un viscoso ectoplasma color sienabermellón, repulsivamente gelatinoso… ¡Y VIVO!

Porque *aquello*, fuese lo que fuese, VIVÍA. Brotaba de ojos, boca, oídos, poros y todo punto de contado entre el interior de Baxter y el aire que le rodeaba, se espesaba y alargaba como auténtica gelatina, desintegrando las formas humanas del hombre, del que lo último que vi fueron sus ojos de un brillo demoníaco, anormal, antes de cubrirse también de aquella reptante masa blanda, cuyo volumen aumentaba por momentos sobre el suelo cuajado de vidrios.

El sudor caía por mi rostro a mares, sentía castañear mis dientes y me temblaban las manos. Retrocedí tan vivamente que derribé una gran vitrina. Se hizo añicos contra el suelo Seguí retrocediendo, ahora con menos luz aún, por la rotura de una instalación dentro de la vitrina derribada.

Pero todo parecía inútil. ¡PORQUE AQUELLA MASA VISCOSA LATÍA, LLENA DE VIDA… Y SE DESLIZABA HACIA MÍ, REPTANDO POR EL SUELO!

De Baxter, ya no quedaba nada en absoluto. Sólo aquel cuerpo amorfo, blando y latente, que me iba acorralando lentamente contra las vidrieras del fondo.

Yo, ni siquiera tenía un arma para disparar contra el alucinante enemigo. Suponiendo que sirviera de algo incrustar balas en una cosa así. Creo que si alguna vez he sentido terror, fue entonces cuando experimenté el más terrible y pavoroso de los pánicos que pueden asaltar a un ser humano.

No gritaba, porque la lengua estaba seca, gruesa, adherida materialmente a mi paladar, imposibilitándome de producir sonido alguno. La saliva, ni siquiera circulaba por mi garganta.

Clavaba los ojos, como alucinado, en aquel horrendo cuerpo vivo, que seguía deslizándose y llegaba ya a menos de diez pulgadas de mis zapatos. Era Baxter, *había* sido Baxter, pero ahora no tenía nada de él. Era una fuerza, un ser o un fluido desconocido, con vida propia, y perverso sin duda alguna. Por su influjo me había llevado Baxter al pabellón… y ahora iba a terminar conmigo. De qué modo iba a hacerlo, no lo sabía. Pero sí que era la muerte, el final, mi destrucción como ser humano… igual que lo había sido de Baxter y acaso de otros.

Creo que por fin grité algo, aunque no me di cuenta de ello. Mi mano, estremecida, asió algo, tal vez una barra metálica o de madera, no sé. Golpeé con ella ferozmente sobre la forma viviente. Ésta se adhirió como grasa a mi arma, enroscándose en ella y subiendo hacia mi mano, Solté el objeto, subiendo de un brinco sobre el soporte de una vitrina rota. Ahora sabía que *aquello* no se podía destruir normalmente. Era blando, maleable, se adaptaba a todo, cedía bajo los golpes, se adhería a cualquier cuerpo u objeto, *poseía, inteligencia y vida*; La idea era espantosa, enloquecedora. Pero era cierta. Tenía que serlo, lo estaba viendo yo mismo.

Miré, fascinado, a mis pies. La masa blanda también sabía SUBIR. Estaba empegando a reptar por el pie de metal de la vitrina. Dejaba tras de sí un rastro viscoso, como su propia naturaleza. Y cada vez se movía más deprisa en mi dirección.

Elevé mis ojos hacia las estrellas. No tenía muchas cosas que hacer. Estaba cercado, y lo sabía. Rogué a Dios que me ayudase. Fui escuchando, porque mis ojos se clavaron en el vidrio que me separaba del patio estrellado de la noche. Sí, aquélla era la posible salvación.

No pensé ni un solo segundo. En realidad, hacerlo hubiera sido dejar que aquella cosa llegase a mí, me envolviera y…

Me encontré proyectado en el aire, contra el muro de vidrio que me separaba de la libertad, de la huida. En torno mío, todo pareció estallar en pedazos, incluso mis propios tímpanos, mis manos, hendidas por agudas aristas de cristal astillado, y mi cerebro mismo.

Rodé sobre la arena del desierto, y no hice nada por frenar mi impulso. Cuanto más lejos cayera de aquella fuerza enemiga, tanto mejor. Ni siquiera la fuerte conmoción de mis músculos y huesos me afectó lo más mínimo.

Me incorporé y seguí apartándome a gatas, abyectamente, de aquel maldito pabellón de cristal. Nada parecía salir de él, en mi persecución. Me fui calmando a medida que llegaba cerca del edificio principal hasta que de pronto, algo sonó a espaldas mías. Crujió la arena, y me volví en redondo, con ojos que el miedo debía desorbitar al límite.

La cosa debía de resultar cómica desde su punto de vista. Al menos, así lo hacía suponer su sonrisa burlona, el aire sarcástico del «*sheriff*» Davies y sus ayudantes, del propio Waldo Kossac, erguido y

sombrío, a espaldas de los hombres investidos con la placa de autoridad.

—Bravo, Colby —rió Davies—. ¿Buscando pistas como el viejo Sherlock Holmes?

—¡«*Sheriff*», tiene que venir conmigo al pabellón! —grité, poniéndome en pie con viveza—. ¡Esa cosa horrible está allí! ¡Vamos, aún se la puede combatir, tratar de matarla!

Davies seguía riéndose. De pronto, pareció comprender que yo hablaba en serio, dejó su boca gruesa y recia a medio cerrar, y miró, dubitativo, a sus compañeros de profesión. Luego, me estudió a mi calmosamente.

—Espere, Colby. ¿Está hablando en serio o es broma eso? —me interrogó.

—Es completamente cierto, Davies —hablé, atropellándome—. No soy imaginativo ni fantástico. Sin embargo, vengo huyendo. Huyendo del enemigo más horrible que vi jamás…

—¿Se está refiriendo a mi ayudante Baxter, señor Colby? —preguntó con acento, frío el profesor Kossac—. Me pareció verle en su compañía, camino del invernadero.

—Sí, aquél era Baxter… —Me estremecí, al recordar su espantosa transmutación—. Pero ya no existe, no queda nada de Baxter, si es que lo fue alguna vez. Sólo una masa horrible, amorfa… ¡y viva! Viva, «*sheriff*» como un montón de gelatina con pulso e inteligencia propios.

—¿Se ha vuelto loco, Colby? —graznó Davies, sin creerse una sola palabra.

—Puede parecerlo, pero no estoy loco ni mucho menos, «*sheriff*». He visto esa espantosa materia viva, me ha atacado y me he defendido de ella, aunque algo dentro de mí, me decía que no había defensa posible, qué cualquier adversario estaba a merced suya, sin remisión, usted no me cree, lo veo. Pero Davies, por el amor de Dios, venga conmigo. Verá cómo Baxter ha desaparecido, se ha evaporado sin dejar rastro. Si eso no es una prueba, acaso encontremos aún esa maldita masa viscosa que parecía meterse en mí, en mi propio cerebro, mientras atacaba, paralizándome el raciocinio. Davies, tengo miedo. Mucho miedo…

—Debe hacer caso a Colby, «*sheriff*» —intervino agitadamente Kossac—. Nunca se puede saber cuándo un hombre ha soñado o ha

visto algo. Vale más comprobarlo por nosotros mismos…

—Sí, profesor, usted tiene que ayudarme, usted sabe que esto puede ocurrir, que ESTA OCURRIENDO… —supliqué, deseando que alguien creyera en mis absurdas palabras.

—Yo no sé nada de eso, señor Colby —me replicó con toda frialdad el biólogo—. Sin embargo, voy a acompañarle al pabellón, a ver lo que hay de cierto en todo lo que nos ha dicho. ¿Viene usted, «*sheriff*»?

—Claro. Siempre me han gustado las novelas de misterio —rió Davies.

—Posiblemente todo el misterio se reduzca a una falsa interpretación de los hechos —observó, pensativo, Kossac—. El señor Colby puede haber visto alguno de mis animales de cultivo artificial y tomarlo por un raro ejemplar de monstruo…

—Aún no ha logrado usted cultivar seres humanos, Kossac —le repliqué con aspereza—. Seres que, como Baxter, se diluyan, convertidos en gelatina bermellón oscuro… Davies, empuñe su revólver. No le vendrá de más, si nos encontramos otra vez con *aquello*.

Davies miró, perplejo, a sus comisarios. Finalmente, se encogió de hombros, tomó su revólver y ordenó hacer lo propio a tres agentes, que le siguieron, más intrigados que temerosos. Nos pusimos en marcha hacia el pabellón de cristal, y empecé a darme cuenta de lo grotesco e ilógico que era todo. Si no encontrábamos a aquel ser abominable y sin forma, reptando por entre cristales y restos de vitrinas, me iba a ser muy difícil convencer a nadie.

Cuando nos enfrentamos con el gran boquete astillado que mi cuerpo había abierto en el muro vidrioso, Kossac se adelantó a todos y golpeó, con un gran pedrusco la pared transparente. Luego, apartó aristas agudas y se volvió seriamente hacia nosotros. Yo quise impedir, lo que iba a hacer, pero me hizo un gesto vivo e imperativo.

—No, Colby. Esto es cosa mía. Voy a entrar. Sí veo algo anormal, gritaré. Si no, entren ustedes detrás de mí. No puedo creer nada de todo lo que nos ha sido narrado, pero mi deber es comprobar si alguna de mis criaturas experimentales ha hecho algo fuera de lo esperado.

Entró en el pabellón. Pensó en la posibilidad de que la *cosa*,

acechando junto a él, pudiera saltar, enredarse a su cuello, y… ¿y qué sucedería después? No había llegado siquiera a pensar en lo que el ser de pesadilla haría con su cautivo, una vez ganada la batalla. Pero no se me ocurría nada bueno ni agradable. Sólo evocar al ente gelatinoso me daba horror.

Esperamos en silencio. Davies, a pesar de su escepticismo, estaba nervioso. Sus dedos jugueteaban con el «colt» 44 que empuñaba, desconfiado. Sus comisarios tragaban saliva, ruidosos.

—Este lugar altera los nervios de cualquiera —dijo, exhalando un suspiro hondo—. No me extrañaría que hubiese visto usted marcianos bicéfalos, Colby.

Me irritó la burla. Era indudable que nadie creía en mi historia. De pronto, me quedé rígido. Kossac volvía a aparecer en el hueco de cristales rotos. Nos miró, grave y pensativo. No pude saber si había encontrado algo positivo o no. Se limitó a hacer un gesto serio.

—Vengan, por favor —dijo, sin añadir más.

Luego, volvió al interior del pabellón.

Davies me miró, perplejo. Después se decidió, dando unos pasos nada seguros.

—Adelante, muchachos —ordenó a los comisarios—. Usted también, Colby.

Le seguí. No necesitaba decírmelo para que yo lo hiciese. Nos abrimos paso entre el bosque de vitrinas destrozadas, hasta llegar al punto donde yo había sufrido el choque con… con *aquello*. Me quedé petrificado.

Baxter estaba allí. Tendido en tierra, sin señal alguna de vida. Pero también sin señal de cosa alguna fuera de lo normal. Le miré fascinado. Evoqué el horripilante momento en que se fundió en masa oscura y viscosa. ¿Había sido cierto? Aparentemente, no. Baxter era el mismo de antes, el hombre a quien yo había conocido sin transmutaciones de pesadilla. Y sin embargo, sabía que era imposible. Sabía que había visto aquel cuerpo igual al mío, disolverse en materia viva pero infrahumana.

En el silencio, denso y pesado que se hizo en el lugar, me moví antes que nadie. Me agaché junto al hombre tendido en tierra. Le ausculté, toqué sus párpados y pulso. Estaba muerto. Sin señal alguna de violencia… ¿O acaso no? No, evidentemente no. Había violencia… La base de su cráneo, hinchado y cuajado de venillas

azules, aparecía rota a golpes. Golpes con algo contundente.

Un escalofrío, la sensación horrible y absorbente de que me estaban metiendo en una sutilísima tela de araña, me acometió. Clavé mis ojos en un objeto que yacía a pocos pasos del cuerpo sin vida. La barra que yo utilicé contra la materia gelatinosa. Algo rojo oscuro empañaba su extremo. Vi a Kossac pararse ante él, hacer un gesto a Davies. El «*sheriff*» se acercó, examinando el arma. No la tocó. Sin duda pensaba en las huellas dactilares. Yo sabía cuáles iba a encontrar allí. *Las mías*. La idea no me gustó. Porque aquellas manchas rojas del otro extremo podían ser de sangre y no de la sustancia viviente que golpeara. ¿O acaso el raro color de aquel plasma vivo era por su afinidad con la sangre? De un modo u otro, empezaba a evidenciarse un monstruoso complot contra mí, el primer hombre acaso, que había visto al aborrecible ser reptante. Davies lo enunció ahora con frialdad:

—Colby, va a tener que explicar algunas cosas, y no precisamente adornada con monstruos imaginarios. Ese hombre ha muerto a golpes… Golpes dados con ese objeto. Si son sus huellas las que aparecen en él, le veo en una situación difícil. No va a convencer a nadie de que tomara a Baxter por un montón de gelatina viva que le atacaba, Eso no cuela, amiguito.

—Pero ¿por qué iba a matar yo a Baxter? —estallé, poniéndome en pie—. ¡Es absurdo! ¡Le juro que entramos aquí, juntos, y de repente empezó a metamorfosearse en aquella horrenda cosa! ¡Yo tuve que defenderme, y cuando huí, aún existía esa gelatina latente! ¡Tiene que creerme, Davies! ¡Ayúdeme usted, Kossac! ¡Usted puede hacerlo! ¡Usted sabe más que yo de todo esto!

—¿Yo? —El biólogo me contempló con asombro—. ¿Por qué tengo que saber más que usted de esas fantasías? Usted no ha mencionado ningún fenómeno biológico. Nadie se transforma en masa informe súbitamente, sea cual sea su naturaleza. No le puedo ayudar, aunque quiera.

—Kossac, escúcheme —hablé con el aire angustiado del reo a muerte que trata de demostrar su inocencia ante un jurado—. Usted me dijo un día que, si algo irreparable sucedía, hablase de lo que había visto. Ha llegado ese momento. Aunque esté usted vivo, aunque el daño se limite, por ahora, a una fuga de animales monstruosamente cultivados, aunque sean sus ayudantes y no usted

quien ha sufrido el daño. Pero todo proviene de esos animales, de los seres que usted creó en su laboratorio infernal, Kossac. La vida, racional o no, tiene unas formas establecidas, no se puede jugar con ellas a nuestro antojo y crear nuevos sistemas de vida. Ésta es la gran enseñanza que ahora hemos de arrostrar. Hablemos con lógica, Kossac. Y usted, Davies. Si quiere arrésteme, pero antes deje que me explique.

—Bien, hable. Le vamos a oír —dijo Davies escéptico.

—Adelante con su fantasía. Colby. —Kossac, frío y hostil, se había puesto, no sé por qué, en contra mía; pero ni siquiera eso me arredró.

—Supongamos que, como usted me dijo entonces, una fuerza superior a la que usted provocara, una energía viva, más potente que la humana, más que todos los experimentos realizados por usted, Kossac, intervino en el crecimiento y metamorfosis de su pulpo, de su araña o de su lagarto. Una fuerza que, llegado el caso, se desprende del ser donde se ha introducido y cobra vida propia, independiente. Entonces, esa fuerza o lo que sea, lucha por algo: por volver a unirse con otro cuerpo del que alimentarse, pongamos por caso. Exprimido Baxter, en cuyo cuerpo viviera, trató de atacarme a mí en un momento determinado, excitada por la pérdida inevitable de su medio de existencia o por otra razón que todavía no alcanzo a ver. Pero yo me defiendo, escapo… y la forma desaparece. Muere, por así decirlo, y vuelve a convertirse en lo que era primitivamente. En el ser humano que fuera Baxter, antes de ser *poseído* por esa energía viva. Yo le golpeé. Golpes que a un ser normal le hubiesen destrozado. Pero esa forma de vida era blanda, amorfa. Se amoldaba, cedía bajo los golpes, se adhería al objeto con el que yo atacaba. ¡No podía matarla así! Y he aquí que, al recuperar, por agotamiento, por falta de conducto vivo en el que manifestarse, su forma primitiva, la que tomara de un ser humano normal, como Baxter, muestra las señales que yo causé a su forma anterior. ¿No sería eso factible, profesor, si admitimos como plausible mi teoría, por desorbitada que parezca?

—Usted lo ha dicho, Colby —dijo lentamente Kossac—. Es desorbitada. No existe una fuerza así en el mundo.

—¿Y usted qué sabe? —le desafié, sintiéndome más y más fuerte, a medida que le daba forma y razón a un alocado sueño de

verano, que ni el propio Shakespeare pudo imaginar—. ¿Usted, que maneja, varía, transmuta y alimenta formas monstruosas a su antojo, que provoca genéticas anormales y engendra seres cíclopes, de funciones artificiales, puede negar una nueva forma de vida, que su gran condición de biólogo eminente no ha podido crear? ¿Eso significa que no es posible, que no caben otros fenómenos biológicos en la especie animal, que aquellos que usted conoce, que usted prevee y calcula con frialdad matemática o con el genio de la Ciencia iluminada por la inspiración repentina? ¿No hay una fuerza acaso que puede brotar, surgir, rebelándose contra todos, tomando vida propia, ajena a todo cálculo o premeditación? ¿No temía usted algo así cuando aquella noche me dijo que tenía miedo? ¿No estaba ya intuyendo *algo* cerca de usted, algo que se iba apoderando de sus animales, de sus experimentos, de sus propios ayudantes?

—No sabe lo que dice, Colby —me espetó inesperadamente Kossac—. Yo nunca dije eso.

—¿Eh? ¿Que usted no me hizo confidencias sobre sus temores acerca del pulpo ciclópeo? —me escandalicé—. ¿Va a negar eso ahora?

—Lo niego —respondió, suave y tranquilo, el biólogo.

Me volví en redondo a Davies, que no sabía a qué atenerse en todo aquello. Casi grité:

—«*Sheriff*», una pregunta: ¿cómo murió Kennedy, el otro ayudante de Kossac?

—Pues… en el invernadero, machacado entre plantas y flores. Sin duda, alguno de los animales le atacó. Estaba horriblemente destrozado.

—Kossac, una pregunta, aunque tal vez no quiera responderme —me encaré al sabio—. No sé por qué se ha puesto contra mí. Cuando lo único que quiero es ayudarles a todos, ayudar a mi propia especie, que presiento el peligro, el más horrible de los peligros tal vez, Kossac… ¿Padecieron sus ayudantes dolores de cabeza recientemente, dolores agudos, como violentas jaquecas?

—No. Eso es absurdo… —Kossac sonrió. Pero de pronto pareció recordar algo—. ¡Si, espere! Fue en días diferentes, hace de ello unos diez días. Poco después de estar usted aquí. Kennedy tuvo que acostarse, presa de terribles latidos en las sienes. Su mirada era febril. Yo mismo le ordené que se retirara a descansar. Al otro día

estaba bien. Poco después Baxter también mostró molestias de cabeza, pero se negó a retirarse. Le bastó dormir aquella noche para encontrarse bien al levantarse. Ninguno tuvo nada especial ni notable…

—¿No? —Me volví, belicoso, al «*sheriff*» Davies—. ¡En estos momentos, otros muchos hombres en Stony Springs, padecen esos raros dolores de cabeza, Davies! ¡Marty, Fred Scott, el doctor Browner, casi todo el personal del hospital Bellamy, en el que un enfermero se ha matado a causa de sus horribles dolores! ¡Y todos, TODOS, tienen el aspecto que tenía Baxter antes de la metamorfosis!

—Sigue careciendo de sentido —sonrió Kossac, impasible—. No puedo ayudarle, lo siento.

—Ya lo ha oído, Colby —me dijo Davies—. Todo suena a muy fantástico. Es… es irreal. Lo único real y tangible es que usted ha matado a golpes a Baxter, acaso creyendo ver de buena fe lo que dice que ha visto. Caben alucinaciones así, ataques de locura y desvarío momentáneo. Si es así, no será usted responsable. Pero de momento, tengo que detenerle, Mark: acusado de presunto asesinato en la persona del ayudante del profesor Kossac…

Era lo más atroz que había oído. Me debatí, angustiado, como el personaje de un mal sueño metido entre hilos envolventes y viscosos. No podía esperar ayuda alguna. Ni huir siquiera, para luchar por mí cuenta contra la amenaza que latía sobre todos.

Porque no podía dejar de pensar en los demás afectados del extraño dolor en las sienes. Si ya uno de ellos terminaba como Baxter, si dentro de cada ser humano con la dolencia en el cráneo, existía una fuerza horrible e inconcreta, pavorosa como todo aquello que nos es desconocido, entonces la raza humana estaba perdida, el mundo carcomido por el más espantoso de los gusanos; por un cáncer vivo que iría comiendo vidas y vidas… Porque yo también pensaba en los hombres que habían muerto:

Baxter, Kennedy, el enfermero Richards… ¿habían sido muertes por suicidio, accidente o agresión… o simples efectos de una orden superior a su voluntad, un deseo horripilante del misterioso fluido vivo, gelatino y enervante, que tratara de atacarme a mí, dentro del pabellón? Y si los animales de Kossac estaban *poseídos* de aquella misma fuerza ignorada, ahora que danzaban por el lugar, ¿qué mal podían causar?

Atónito, como anonadado por tanto interrogante depresivo, me dejé conducir al coche de Davies. Me metió junto a él, en el compartimento delantero. Dos comisarios se sentaron detrás nuestro, mientras el «*sheriff*» daba unas instrucciones.

Davies dejó un par de hombres de guardia en la casa del biólogo, y partimos de regreso a Stony Springs. El «*sheriff*» utilizó la radio de su coche para hacer un llamamiento a todos los controles del condado. Se daba el alerta sobre los animales de Kossac, ordenando su muerte inmediata, o su captura siempre que no hubiera riesgos graves. Se advertía de su condición anormal, y también especificó que por el programa de radio y televisión se advirtiese a las gentes sobre posibles encuentros desagradables con animales nada comunes, rogando que no cundiera el terror injustificado.

¡Terror injustificado! Me eché a temblar, y Davies comentó que si tenía frío me cubriese con una manta de las que llevaba bajo el volante. Le obedecí, pero no me sentí mejor. Terror injustificado… ¿Era realmente injustificado aquel pánico que se había apoderado de mí y que horadaba mi cerebro como un barreno implacable, mientras me veía allí sometido a la impotencia de un arresto estúpido, pero del que difícilmente podría salir con bien?

CAPÍTULO V

EL HORROR ESTRECHA SU CERCO


ra la primera vez que pasaba una noche encarcelado. Cierto que una vez me arrestaron por conducir a excesiva velocidad, por una carretera de Nueva York, en estado de embriaguez y con una rubia estupenda a mi lado, Al policía le irritó más el hecho de que me hubiese dedicado al alcohol con semejante preciosidad al lado, que el delito mismo de conducir en esas condiciones. Pero un abogado me pagó la fianza y salí antes de las cuatro horas.

Esta vez no salí. Me cerraron bien la puerta; el «*sheriff*» Davies dijo que podría requerir el auxilio de un abogado al día siguiente, y me quedé solo. Sólo con el más sensacional de los reportajes metido allí, en mi mente. Y sólo también con el más profundo de los terrores.

Si pudiera, al menos, ponerme en contacto con alguien; con el

director, con Stella, con el doctor Walcott, con cualquier ser humano que pudiera creer en mí y ser informado del horror que nos acechaba allí, agazapado en las sombras, presto a brotar de cualquier cuerpo humano, aferrándose al nuestro propio. La idea me sentó como cien brincos sobre un mar borrascoso.

Miré, desolado, a través de los barrotes de mi celda. Allí estaba el cretino de Morgan, el comisario de Davies, con su revólver colgado de un clavo del muro y las llaves en su cinturón, bostezando ante una mesa sobre la que ponía naipes con escrupulosa atención. Sin duda el solitario no le resultó, porque desparramó las cartas y giró el dial de un aparato de radio pasado de moda. Sin embargo, el sonido era bueno. Una música bailable me endulzó los oídos, si había algo en el mundo capaz de endulzarlos. Pero la cosa duró poco. De repente, el disco se paró con tal violencia, que rechinó a través del altavoz la aguja del «pick-up» de la emisora. Una voz metálica y rutinaria, como la de todos los locutores, anunció:

—Señores radioyentes, informamos a ustedes de las noticias de última hora —una pausa. Tosió como si tuviera el pecho de hojalata y prosiguió—: Las Vegas; nuevos objetos celestes de apariencia luminosa han sido vistos en las últimas noches cruzando el espacio, sin determinar el punto de caída. Se supone que obedece a una psicosis colectiva de «platillos volantes». Carson City: aumentan progresivamente los casos de ataques cerebrales, sin origen clínico determinado. Los médicos investigan las posibles causas del mal. San Francisco: han sido capturados por agentes de la policía metropolitana los autores del atraco al National Bank, Lester Conway y Mike «Dedos» Rushmore. Las Vegas: la policía sigue buscando activamente al granjero Sam Weldron, desaparecido recientemente, tras haber matado a golpes, de un modo brutal, a su hijo de diez años. Como se recordará, Weldron fue el primer ciudadano que declaró haber visto un «platillo volante» aterrizar en sus tierras. Objeto del que no apareció el menor rastro. Su hijo era uno de los atacados por el extraño mal cerebral que últimamente…

Aburrido, Morgan cerró la radio. Casi sentí ganas de estrangularle. Ahora que aquel boletín se ponía interesante… Demasiado interesante quizá. Mi pánico no conocía límites. Un

granjero buscado por asesinato de su propio hijo… y éste era un atacado per aquel dolor cerebral. En Carson City, también aumentaba la epidemia de casos clínicos. Su razón se ignoraba aún. Yo, YO LO SABÍA, no podía hablar, no podía moverme, acudir a dar el grito de alerta, a avisar a la Humanidad del peligro que tenía allí mismo, a su lado, dentro de sí tal vez. Nadie me creía, como acaso tampoco creyeran al desdichado Sam Weldron, el ranchero de Las Vegas, cuando fuese por ahí diciendo que su hijo se había convertido en una pulpa informe y viva, que le atacaba. No, nadie le creería. No podían comprender que él no había matado a su hijo, sino a otro ser, a un abominable y espantoso enemigo de la raza humana.

Tenía que salir de allí. Tenía que huir cuanto antes de aquella prisión. Y no había muchos medios de intentarlo. Sólo uno, el más inocente y tonto de todos. Su éxito dependía de la dosis de credulidad de Morgan. Acaso me ayudara el hecho de que Stony Springs no fuese un lugar demasiado abundante en delincuencia, lo que hacía a los agentes del «*sheriff*» harto ingenuos y bien predispuestos a un engaño medianamente astuto.

De pronto empecé a lanzar alaridos. Gritos de escalofriante dolor, mientras me revolcaba por el sucio suelo de la celda, estropeando mi mejor traje. Pero la cosa valía la pena. Nadie hubiera dudado de que yo era epiléptico, y Morgan, al parecer, no lo dudó. Venía ya hacia mí, empuñando su manojo de llaves y ni por asomo se le había ocurrido coger el revólver.

—¿Qué mil diablos te pasa, Colby? —preguntó—. No grites así, por amor de Dios… Ya voy, ya voy… Si es preciso llamaremos a un médico, Colby.

Así son en las ciudades pequeñas. Tienen su encanto después de todo. Le han conocido a uno siempre como persona de bien, y como tal le siguen tratando tras las rejas de una celda. Morgan me abrió la puerta, se inclinó sobre mí. Confieso sinceramente que me dolió hacerlo, pero no podían frenarme sentimentalismos de ninguna clase. Lo más probable era que el enemigo no fuese sentimental.

Cuando me erguí y aferré los tobillos del comisario con ambas manos, éste lanzó una interjección de asombro. Luego comprendió su error y quiso defenderse. Era tarde. Se había derrumbado a tierra como un saco lleno, y yo estaba ya encima de él, asestándole una

serie de puñetazos formidables al mentón. Al tercero o cuarto perdió el sentido, porque no era muy fuerte. Pero yo remaché la obra con un último impacto de mi puño. Luego tomé sus llaves, le encerré en la celda y salí a la oficina contigua. No había nadie más por allí. Alcé la mano, tomando el revólver de Morgan. No estaba dispuesto a correr más riesgos ante masas de gelatina a las que los golpes no producían daño alguno.

Nadie me detuvo a la salida, por la sencilla razón de que no había ningún agente del «*sheriff*» de guardia ante el edificio celular, sometido a la única protección de Morgan. Y el pobre Morgan no podía proteger nada en estos momentos.

Las oficinas de Davies y la prisión municipal están situadas en un lugar bastante desierto de Stony Springs, casi en las afueras. Eso me sirvió para escabullirme hacia otros puntos más concurridos, bordeando altos setos del Parque Infantil local e hileras de farolas de alumbrado que no denotaban presencia viviente alguna a lo largo de toda la avenida suburbana. Por una vez bendije las costumbres recoletas de los habitantes de la ciudad.

No quería ver a nadie. No sólo porque fuese un fugitivo de la justicia, sino porque no me fiaba de nadie en absoluto. Cualquiera de los tranquilos y pacíficos habitantes de Stony Springs podía ser un… un ente abominable, con *aquello* dentro de él.

La proximidad del revólver contra mi piel, golpeando la tela de la americana, me daba ciertos ánimos. Ya no estaba a merced de cualquier enemigo, Me encontrarían armado y presto a defender mi vida salvajemente, con ferocidad. No quería ser uno de los hombres atacados por la siniestra jaqueca.

Encontré una droguería abierta en el cruce con la de Jefferson, No había nadie más que un mozalbete de unos dieciséis años, sorbiendo un helado de chocolate, y un aburrido droguero que limpiaba el polvo de una estantería de botellas.

Me metí en la cabina telefónica y marqué al número del hospital Bellamy. La voz metálica que me respondió, dijo que la señorita Hunter no estaba, cuando pedí por ella. Había vuelto a la ciudad cosa de una hora antes. Colgué malhumorado, encontré otro níquel en mis exhaustos bolsillos, y lo introduje en la ranura nerviosamente. Luego, marqué.

Se puso mía voz femenina al receptor, y yo sentí un alivio tan

grande como si el establecimiento desde el que llamaba se hubiese puesto a volar, alejándose de todo lo demás.

—¡Stella, Stella! —Creó que nunca había deseado tanto oír su voz; acaso fuera un poco de egoísmo, pero su timbre, pastoso y afable, me servía de sedante—. ¡Gracias a Dios…!

—Pero… ¿eres tú? —Hubo agitación en su voz—. Si me han dicho… si he oído que…

—Por favor, no digas nombres ni menciones acontecimientos, Stella. Supongo lo que has oído. Pero nada de ello es cierto, te lo juro. Es una monstruosa conspiración, tienes que creerme.

—Claro, claro que te creo —parecía sorprendida de mi énfasis—. Siempre he creído en ti. No sé lo que ha ocurrido en… en aquel lugar, pero no puedes haber hecho lo que dicen. ¿De dónde me llamas ahora?

—Eso no cuenta. Lo importante es que estoy libre. No sé por cuánto tiempo, pero Dios quiera que, al menos, el suficiente para poner en claro este horror que nos rodea, Stella.

—Se habla de cierta versión fantástica que tú has dado… y no puedo pensar cómo tú has inventado cosas así. Siempre careciste de imaginación.

—¡Al diablo la imaginación! No imaginé nada, LO VI, Stella, lo vi. Simplemente. Por eso necesito ayuda. ¿Estás dispuesta a ponerte a mi lado en esta lucha? No tenga nadie en quien confiar…

—No sabes lo que me alegra esa petición tuya. Con mil amores. Dime lo que tengo que hacer y lo haré por ti.

—Gracias, Stella. Ante todo pide una conferencia con Las Vegas. Que te aclaren, si es posible, lo sucedido con el granjero Weldron. Y pide a Carson City el índice de la epidemia cerebral. Alega cualquier cosa, di que hablas en nombre del hospital, qué sé yo. Luego, reúnete conmigo en la esquina del *boulevard* con East Road… pongamos dentro de una hora. Te estaré esperando. No faltes, Stella, por caridad.

—Descuida. Oye, ¿qué vas a hacer tú durante esta hora? No conviene que dances por ahí. Si te ven, volverán a encerrarte, y esta vez acaso no te sea tan fácil escapar.

—Procuraré que no me cojan. Pero tengo que hacer una visita importantísima, Stella. He de ver a alguien del bar Marty, sea en el establecimiento o en su propia casa.

—¿Eso será prudente? —se alarmó ella.

—¡Prudente! —solté una agresiva carcajada—. No hay nada prudente que hacer en este endemoniado asunto. Hay que luchar, Stella, luchar hasta morir si es preciso.

—¿Pero contra quién?

—Eso es lo peor de todo. Que no lo sé. No sé *qué* o *quién* es el enemigo, ni de dónde procede. Pero de un modo u otro, es despiadado, cruel, y al menos tan inteligente como nosotros… SI NO LO ES MUCHO, MUCHÍSIMO MÁS, en cuyo caso… ESTARÍAMOS PERDIDOS.

Colgué con tan alentadoras palabras, dejando sin duda a Stella convencida de la necesidad de recluirme en un sanatorio psiquiátrico, y salí de la droguería. El hombrecillo seguía desempolvando los anaqueles, y el mozo sorbiendo chocolate frío.

* * *

Era muy tarde, y el bar de Marty estaba cerrado. Scott, sin duda, había hecho caso de un consejo mío, que me parecía haber dado mil años atrás, y se había ido a dormir su jaqueca. Recordaba que Fred Scott era primo de Marty, el dueño del local, y que ambos vivían en una casita baja de East Road, no lejos de donde citara a Stella. Pensando en ello lo había hecho así ya.

Eludiendo todas las calles más frecuentadas, lo cual me retrasó bastante, llegué al fin a la desolada avenida de rododendros y setos altísimos que era East Road. A ambos lados, tras el cerco verde y espeso de los setos, se elevaban edificaciones de todas las clases y estilos, desde el chalet sencillo hasta la residencia de piedra y porche con columnas coloniales. La casa de Marty era una casa intermedia entre ambas formas de arquitectura. De haber tenido un aspecto más sombrío, hubiera podido ser el escenario de un film de terror, pero lo cierto es que las paredes blancas, el tejado gris y las ventanas con alegres cretonas, no daban la menor impresión desagradable. Había luz arriba, en una ventana entreabierta. Todo normal, rutinario.

Acaso, después de todo, el fenómeno del invernadero no había tenido nada que ver con las jaquecas y con mis teorías. Tal vez todo se debiese a un experimento del profesor Kossac, utilizando a un

ayudante para sus trastornos biológicos. Era monstruoso; pero si no, ¿por qué me negó lo que él bien sabía que había dicho dos semanas atrás?

Pareciéndose grotescas mis sospechas sobre Marty o Scott, empujé la puerta de la cerca. Se abrió sin dificultades. La comunidad de Stony Springs era muy confiada. Crucé un sendero de grava blanquecina, salpicada de piedrecillas, que formaba un zigzag hasta detenerse ante dos escalones. Éstos subían a un porche, y allí estaba la puerta. Sin vacilar golpeé la campanilla.

Sonó como una sirena de incendios, en el silencio de la noche. Repetí la llamada, y esperé. Mi mano derecha, hundida en el bolsillo de la chaqueta, palpaba amorosamente el revólver. Cosa de dos minutos después se abrió la puerta unas pulgadas, frenada por una cadena. La voz de Scott, soñolienta y cansada, preguntó:

—¿Quién diablos es a estas horas?

—Soy yo, Fred. Tu amigo y cliente, Mark Colby, Abre. Necesito veros a ti y a Marty para tratar un asunto importante.

—Oh, eres tú, Colby. ¿Y no puedes esperar a mañana? Ya sabes que Marty está en cama, muy mal de la cabeza por cierto…

—Sí, sí, pero tengo que verle y hablarte a ti. Veo que aún llego a tiempo. Acaso podamos ayudarnos mutuamente, muchacho.

—Por el amor de Dios, no… Éstas no son horas, Colby. Yo mismo… aún tengo un poco de dolor en las sienes, y quiero dormir.

—Dormirás más tarde, Scott. ¿Vas a abrir de una vez, o tendré que derribar la puerta y llamar a los vecinos para que me ayuden?

—Bueno, bueno, no te pongas así. Si es tan seria la cosa… —Se cerró un poco la puerta, lo preciso para desenganchar la cadena de seguridad, y al fin me franquearon el paso.

Miré, aprensivo, a Fred. No encontré en él nada peculiar ni sospechoso. Conservaba su forma humana, al menos. Su expresión, entre sorprendida y malhumorada, me hizo reír.

—¿Dónde está Marty? —pregunté, mirando en torno al alegre vestíbulo, bien amueblado.

—Arriba, en su cama. ¿De veras quieres subir a verle? Puedes ponerle peor todavía…

—No lo creo. Vamos, Scott. ¿Tú cómo estás de tu dolor? ¿Te encuentras bien?

—Sí, ya te lo he dicho —se tocó las sienes, ligeramente

abultadas—. Un leve latido aún, pero nada de particular… En fin, vamos arriba, puesto que insistes. Pero no me gusta nada, Colby.

—A mí hay centenares de cosas que no me gustan, Scott. Y me aguanto. Tal vez os sea más útil mi visita que cualquier otra cosa.

Fred no comentó nada. Me precedió por una escalera curva, que nos dejó en su único piso, llevándome por un corredor hasta la segunda puerta a la izquierda, que abrió, diciendo antes de entrar, mirando al interior:

—Marty, Mark Colby quiere verte, no sé por qué. ¿Estas despierto?

Nadie respondió. Fred se volvió a mí, sonriendo ampliamente.

—Ya lo ves. Está dormido. Puedes asomarte, hombre incrédulo.

Me asomé. Ya dudaba hasta de mi sombra. Vi la habitación cuya luz apreciara a través de la ventana, desde la carretera. Era un dormitorio con dos camas gemelas, las ocupadas por Marty y su primo Fred. Una, deshecha, estaba vacía. La otra ofrecía la forma de un durmiente, totalmente cubierto por las sábanas hasta la cabeza. Mis ojos, desconfiados, recorrieron todos los lugares de la habitación, desde las cretonas, agitadas por el bochornoso aire de la noche, hasta la macerada maceta de flores, arrinconada al fondo de la estancia, sin duda después de haber sido rota. Fred rió al ver la dirección de mi mirada.

—Cuando volví a casa, estaba tan aturdido con mi dolor, que hasta derribé esas flores —me explicó, confuso.

—¿Sí? —Fruncí el ceño.

Allí todo era normal. Nada de lo inquietante que se podía esperar. Empecé a tener la convicción molesta, pero consoladora en medio de todo, de que me había equivocado en mis absurdas teorías. El mundo seguía siendo el mismo. Bueno o malo, pero enormemente grato para nosotros, los humanos. ¿Qué importaba que un Kossac delirante pensara en nuevas formas de vida y utilizara de cobayos a sus propios auxiliares? Eso no podía trascender, no podía ser una epidemia.

Ya iba a irme. Fred se volvió para indicarme el camino de salida suavemente, cuando me detuve como si mis pies se aferraran desesperados al suelo. Hacía calor, mucho calor, y si a Marty le dolía tanto la cabeza, era más que probable que le acometiese la fiebre. Ni un solo ser febril, en el mundo, con semejante noche

estival, piensa en dormir cubierto por las sábanas hasta la cabeza, sin asomar siquiera una mano o un cabello.

No sé lo que sentí, no sé lo que me impulsó a hacer aquella locura, pero sí sé, y no es fácil que lo olvide nunca, lo que pensaba al echar a Fred a un lado, de un fuerte empujón, y lanzarme en derechura a la cama de Marty.

—¡No, Colby, no hagas eso! —gritó la voz angustiada de Scott, a mis espaldas.

Era tarde para advertencias, ni yo le hubiera hecho caso. Mi mano izquierda ya aferraba un borde de la sábana y tiraba de ella hacia abajo, en violento impulso. Al mismo tiempo, retrocedí de un salto, desenfundando mi revólver con la otra mano.

¡ALLÍ ESTABA OTRA VEZ!

Sin forma, aunque fingiera bajo la sábana una apariencia alargada, humana. Gelatinoso, oscuro, de un bermellón viscoso y repugnante, moviéndose ahora con desesperada virulencia, dirigíase hacia mí, reptaba por entre las ropas del lecho, temblando, estremecido por su propia vida.

Horrorizado, sintiendo aquella espantosa sensación de miedo, de asco y de impotencia que ya experimentara una vez, en la misma noche, me enfrenté con el desconocido enemigo. Procuré impedir que la parálisis mental que me afectaba cada vez que me veía frente a aquella extraña fuerza viva, llegara a nublar mis reaccionas más precisas. Como aturdido, entre nieblas, vi que la forma seguía bajando del lecho, corría sobre el piso, dejando aquel rastro viscoso que viera en casa de Kossac. Disparé mi revólver.

Una dos veces. Y me detuve, con una sensación de horror, de miedo cerval jamás sentido. El sudor corría por mi rostro, me castañeteaban los dientes y temblaban mis manos y piernas. Pero no había fallado el blanco. Vi hundirse el plomo en la masa gelatinosa, sin que ésta se sintiera afectada, sin un solo movimiento fuera de su reptante acción de ataque. Allí donde los proyectiles hicieran sendos orificios, enseguida el resto de la materia evolucionó, cubriéndolos.

Golpeé la pared del dormitorio con mis espaldas. Aquello era horrible, brutal. Lo más espantoso que yo viera jamás. Una materia *invulnerable al fuego de revólver, a las balas*. Un cuerpo que no podía ser herido y, mucho menos, muerto.

Un extraño presentimiento, o acaso un rumor sibilante, parecido al que percibieran mis sentidos en el invernadero de Kossac, me hizo volverme hacia Fred Scott, que se había quedado en la puerta de la habitación. La sangre se me heló materialmente en las venas, a juzgar por el frío que se extendió por mí.

Estaba metamorfoseándose, trocándose su ser normal en gelatina negruzca, espesa y pegajosa, igual que Baxter. Otro monstruo atroz cobraba vida, para acosarme y hacer conmigo, acaso, lo mismo que antes hicieran con ellos. Yo no podía saber cuál fue el proceso que llevó a Baxter, a Marty, a Scott y acaso a Kennedy, a poseer dentro de sí aquella fuerza, ignorada. Pero estaba por jurar que era este mismo. Un ataque cruel, implacable, SIN DEFENSA POSIBLE.

Tenía unos segundos de tiempo hasta que Fred se cambiara del todo. Los precisos para intentar un nuevo blanco. Disparé sobre él. Fríamente, a quemarropa. Moralmente, en aquel momento ASESINÉ A FRED, el buen muchacho que me servía el «*whisky*» cada día. Pero yo sabía que no era así, que estaba matando, o intentándolo al menos, a la desconocida potencia viviente que se había *poseído* de él. Y entonces tuve éxito.

Fred balbució, entre sus labios medio transformados, sonidos roncos y terribles. Se dobló, escapando entre la masa de blanda materia un líquido de color casi igual, pero sin espesar. Sangre, unida a su ser amorfo. La metamorfosis se frenó, el cambio no siguió adelante. Fue todavía Fred quien se revolcó, en las agonías de la muerte, una muerte empujada a su pecho por dos proyectiles del 44. Me miró con una angustia que pugnaba por luchar contra la vidriosa expresión de sus ojos, mientras yo corría de lado a lado de la habitación, huyendo al roce con aquella forma que, alguna vez, había sido Marty, mi amigo, y que parecía insensible al final de su compañero.

Y entonces, cuando ya hundía el rostro, medio borrado entre gelatinas, Fred pronunció palabras inteligibles, sonidos que entendía yo. Y que me sacudieron con un nuevo hálito de terror y de comprensión:

—Gracias, Colby, gracias… por liberarme para siempre… —Me asustaba ver aquella mezcla horrenda de ser humano y de ente informe, blando y reluciente—. Huye, huir todos… antes de que sea tarde… *Ellos* están aquí… procedentes de otro mundo… muy

lejano… Lo invaden todo… están en todas partes… Esta ciudad… otras ciudades… todo está ya invadido… El propio… el pro… ¡Huye, Colby!

Se dobló su cabeza. Había muerto, y con su muerte, se detuvo el proceso cambiante de su otro ser. No siguió adelante. Olvidé su trágico fin y sus atroces palabras, para fijarme sólo en aquel terrible ser que continuaba enfrentado a mí, como una pesadilla alucinante.

Ya no intenté disparar. Mi desesperación no llegaba a tanto. Sabía que, una vez transformados, eran invulnerables a las armas nuestras, no así cuando todavía no estaba realizada la transmutación. Tenía que advertir a alguien de aquello, si lograba que me creyera alguien en el mundo. Pero para eso tenía que huir al peligro, evadirme a aquel ser horrible que me arrinconaba sin piedad, que me cortaba todo camino.

Estaba demasiado lejos de la ventana para intentar una fuga desesperada, una zambullida al jardín. El montón de gelatina me impedía el paso. Aquello no tenía ojos, pero me daba la impresión de que una fuerza superior a la de una mirada, estaba fija en mí, absorbiéndome, atrayéndome, como la serpiente a su víctima, pero mucho más horrible y vigorosamente.

Aturdido, me apoyé en el rincón. Sentía la fuerza de mi cerebro evadirse, escapar, para dejar paso a otra fuerza superior, magnética y avasalladora. Una laxitud increíble se posesionó de mí, paralizándome toda resistencia, física o metal. Me estaba entregando, cedía a una voluntad. Una VOLUNTAD VIVA, INTELIGENTE, CEREBRALMENTE SUPERIOR A TODO SER HUMANO.

Estaba seguro de oír una voz en lo más recóndito de mi cerebro. No era exactamente una voz, bien mirado. Era una energía, un fluido telepático, intenso y lacerante, que formaba palabras, ideas o sugerencias en mi cerebro, órdenes concretas y rotundas, de un modo u otro, que yo asimilaba correctamente:

«MARK COLBY, YA ERES UNO DE LOS NUESTROS… VOY A PENETRAR EN TI, A SER TU AMO, A APODERARME DE TUS IDEAS, PENSAMIENTOS Y RECUERDOS… NADIE ADVERTIRA LA DIFERENCIA, PORQUE ABSORBERÉ TU CUERPO Y TU CEREBRO. SEGUIRAS SIENDO MARK COLBY… PERO NO SERAS MÁS QUE UN CUERPO MOVIDO POR NUESTRA VOLUNTAD. POR NOSOTROS, VUESTROS DUEÑOS… NECESITAMOS SOLDADOS COMO TÚ, AUTÓMATAS VIVIENTES QUE NOS TRASLADEN Y REPRODUZCAN POR TODOS LOS LUGARES

DE LA TIERRA… ESTAIS VENCIDOS… VENCIDOS, AUNQUE LOGRASEIS MATAR A MILLONES DE NOSOTROS, PORQUE NO HAY ARMA CAPAZ DE ANIQUILARNOS EN VUESTRO DESDICHADO PLANETA…».

¡Planeta! No, no, la idea, la sugerencia era demasiado horrible. Creo que fue la sacudida psíquica, puramente mecánica, de mis nervios aun resistiéndose al horror que me rozaba ya los pies, la que me hizo caer contra el recipiente que contenía el tiesto roto y las flores machacadas. Fue tan brusco el golpe, que la materia latente retrocedió. Si tiesto y las flores le cayeron encima, con estruendo.

No sé cómo sucedió, ni por qué tenía que pasar aquello, ni la clase de emoción o sensación o lo que fuese que experimentó el monstruo. Lo que sí sé es que tan súbita e inesperadamente como empezaran a penetrar en mi mente aquellas oleadas telepáticas y autoritarias, éstas se desvanecieron como la onda de una radio mal sintonizada. Se quebró el hechizo o la conexión mental y me vi libre. Libre de nuevo, otra vez vuelto a mi condición humana, sin interferencias poderosas y enervantes en mi cerebro.

Entonces hice lo único que me cabía hacer, aprovechando la momentánea indecisión, debilidad o repliegue de mi adversario. Salté sobre la cama, en la que había reposado, oculto, fingiendo ser aún mi amigo Marty, cuya forma humana robara para destruir después en su metamorfosis. De la cama, me lancé en plancha, contra la ventana y de ahí me zambullí sin dudar un instante hacia los arriates de verde hierba. Rodé sobre los tallos jugosos, comprobando que los vecinos corrían hacia la casa ya, atraídos por los disparos. Yo hice todo lo contrario. Si ellos tenían que encontrarse con el monstruo, que se encontraran. Pero me sentía incapaz de volver a chocar con una fuerza así en la misma noche. Había visto ya horrores suficientes como para vivir angustiado hasta el fin de mis días. Y desgraciadamente, si el último reflejo independiente del cerebro de Fred Scott era cierto, eran pocos los que me quedaban a mí y a los demás seres humanos.

Salté la valla de madera por un punto que no era muy visible a ojos de los vecinos que corrían hacia el chalet. Una vez en la carretera, no recuerdo más. Creo que corría como no he corrido jamás. Pero no puedo jurarlo. Todo resulta demasiado confuso.

—¡Mark! ¡Mark Colby! ¿Pero adónde vas, corriendo así? Me dijo una voz femenina.

Y supe que había encontrado al fin a Stella Hunter, o que ella me había encontrado a mí.

CAPÍTULO VI

CEREBROS DE OTRO MUNDO

a así por un brazo, jadeando y sin tomarme un solo segundo de descanso. Entonces, la empujé contra un portal oscuro, perteneciente a un almacén. Allí, balbuceé estúpidamente las palabras más disparatadas que Stella había oído en su vida en boca de una persona cuerda.

—Es horrible, Stella. Somos los únicos en todo el mundo, los únicos seres de nuestro planeta que pueden hacer algo por salvar a sus semejantes. Yo puedo hablar, advertir a la Humanidad del peligro que corre, de la invasión horripilante de que estamos siendo víctimas, sin saberlo nosotros mismos…

—Pero, Mark, por el amor de Dios —gimió Stella, asiéndome con fuerza por los hombros—. Cálmate, deja de decir insensateces y razona. He venido a ayudarte, no ha llevarte a un manicomio… Confía en mí, Mark, ten fe en tu Stella y ella la tendrá en el buen

Colby, ¿eh?

—No es momento para burlas, Stella —la apremié, con ojos desorbitados—. ¿Es que no te das cuenta de que no estoy desequilibrado, de que no hablo estupideces, sino la verdad, la pura verdad, que nadie puede creerme? ¡Estamos siendo devorados, Stella, absorbidos por una raza superior, por unos seres procedentes de otro mundo, que absorben nuestros cuerpos y cerebros para servirse de nosotros en el dominio de la Tierra!

—Pero Mark, ¿tú… tú diciendo esas cosas…? ¿El hombre escéptico, que se burla de los que dicen ver «platillos volantes»? Por el amor de Dios, no logro entenderte…

—¡Pues tienes que hacerlo, Stella! —Acerqué a ella mi rostro. Mi expresión no debía de ser agradable, porque retrocedió vivamente —. ¡Tienes que creerme, por todos los santos! ¡He visto a Baxter transformarse en una masa de gelatina viva, que creí obra de Kossac! ¡Pero esto es algo mucho más horrible y alucinante que un simple experimento biológico! ¡Acaso se han servido «ellos» de esas criaturas de Kossac para crecer, multiplicarse y absorber seres vivos, racionales o no! Pero de un modo u otro, lo cierto es que están aquí, Stella. ¡Que Marty era uno de ellos, como lo era Scott, a quien acabo de sacrificar a tiros, para evitar el nacimiento de un nuevo monstruo! Y también son de «ellos» el doctor Browner, el enfermero que guarda la Morgue del hospital, el pobre Richards, que se mató, y otros muchos enfermeros de tu hospital. Tú misma has corrido el peligro de serlo…

—Pero Mark, todo eso carece de razón, de sentido… Suena a fantasía delirante… Y aun suponiendo que fuera cierto, ¿cómo sabes tú, precisamente «tú», la razón y naturaleza de su ser?

—Porque yo he estado a punto de ser uno de «ellos», Stella — detuve su expresión aterrorizada con un gesto—. Sí, sí, pero no temas. No lo soy y aún ignoro por qué. Esos seres no parecen sentir ni poseer sensibilidad, sólo cerebro: un cerebro tremendo, fabuloso, encerrado en materia blanda e invulnerable. Y, sin embargo, cuando ya sentía dentro de mí sus pensamientos, sus órdenes, y empezaba a ser un mero esclavo, un simple autómata o marioneta en su poder, me dejó. Sí, Stella, me dejó libre y pude huir, sin creerlo yo mismo.

—Oh, Mark, Mark, permíteme que dude aún. Creo en ti, sé que

no estás loco ni ves alucinaciones. Ni siquiera tuviste nunca una imaginación dada a la fantasía. Pero es todo tan horroroso, tan increíble, que dudo todavía, que no paso a creerte ni a comprenderte…

Desesperado, narré con rápidas y breves palabras todo lo vivido desde el momento en que la dejé a ella. Hice alusión a los experimentos de Kossac, al extraño comportamiento de Baxter y su subsiguiente metamorfosis. Mencioné mis sospechas, la acusación de Davies, la brusca variación de ideas de Kossac, y todo lo demás, hasta concluir con la alucinante visita a la casa de East Road.

Ella me escuchó en silencio. Casi me reconcilié con la muchacha. Stella, además de tener dinero, que carece de mérito por sí solo, poseía inteligencia. Y eso sí iba a servir de algo. Sin preguntar más, sin una sola interrogante ni una duda, tiró de mí, llevándome a la esquina inmediata. Allí estaba el «Cadillac» color guinda que yo tanto aborreciera. Ahora, me parecía una bendición del cielo tenerlo ante mí.

—Vamos, Mark, entra. Tenemos que alejarnos de este paraje antes de que el «*sheriff*» acuda. Si es como tú me has dicho, por la razón que sea, Scott habrá recuperado su forma primitiva, sin dejar rastro alguno de… de «eso otro». Ya sólo Dios sabe lo que habrá hecho Marty… bueno, «el» que poseía a Marty. Volverán a acusarte de asesinato. Dirán que eres un loco homicida o cosa por el estilo. Y no será casualidad ni accidente, Mark. Si esos seres son «todo cerebro», como tú dices, y son capaces de penetrar en la mente de uno instantáneamente, calculan y prevén sus riesgos con gran rapidez. Su modo de combatirte a «ti», puesto que se han dado cuenta de que constituyes «peligro» para «ellos», es frenarte los movimientos, es impedir que tu voz sea oída y la alarma dada. Sólo así, impune y calladamente, el mundo será suyo.

Se había puesto al volante mientras hablaba, y conducía ya carretera abajo, alejándose del centro urbano. Yo la miré casi amoroso. Era lo último que hubiera esperado.

—Stella, entonces… entonces, tú me crees, ¿verdad?

—Claro, querido —me sonrió como hacía años enteros que nadie me sonreía.

Una sonrisa así era capaz de hacer olvidar a toda clase de monstruos. Pero no pude olvidar. Estaban demasiado cerca. Acaso

allí mismo, acechándonos desde las sombras que bordeaban nuestro coche, acaso detrás de cualquiera de aquellas iluminadas e inocentes ventanas que veíamos en la distancia. Ella seguía:

—Tengo que creerte. Es evidente que has vivido todo eso. Y se liga todo, además. Los aerolitos que rondan el espacio terrestre desde hace algún tiempo, el granjero de Las Vegas, desaparecido después de matar a su propio hijo, sacrificándolo como tú sacrificaste a Fred Scott, para evitar un horror mayor. El índice de dolencias cerebrales, que aumentan alarmantemente. La naturaleza humana es evidente que no soporta la presencia de un cerebro tan poderoso dentro del suyo propio, sin experimentar dolores. Y esos seres, adueñados de los humanos, mientras están dentro de ellos deben de experimentar placeres y daños como otro cualquiera, porque han adoptado su forma física y cuanto ella trae consigo. Si es así, Carson City, Las Vegas, Stony Springs, quizá Reno, Elko y todas las demás ciudades de Nevada, e incluso otros Estados… países… y hasta continentes, estén sufriendo la invasión. La invasión que te nombró Scott al morir, la invasión que tú sabes que existe ya.

—¿Y qué haremos, Stella? No hay adonde ir, no hay nadie capaz de creer en nuestras palabras. Para cualquiera, seremos dos locos.

—Sí. Y «ellos» contribuirán a que lo crean. Mientras se ignore su presencia y existencia, están a salvo. Después, Mark, acaso no. Pueden ser invulnerables o tener su talón de Aquiles. Y nosotros, en nuestro viejo mundo, también tenemos cerebro y sabemos buscar el punto débil al enemigo. Luchando, aun cuando ya no queden más que un puñado de hombres de la Tierra, se puede aniquilar a millones de invasores de otros mundos, por remotos y poderosos que sean.

—Oh, Stella, todo esto suena tan absurdo, tan increíble… Mundos lejanos, otros planetas invadiendo la Tierra… Me parece estar leyendo una fantasía para niños.

—Pero esto no es una fantasía, ¿verdad? —Me asombró la dureza de su mirada—. Oye esto, Mark. Tienes que amoldarte a la realidad, por asombrosa y grotesca que parezca. La auténtica verdad de lo que nos rodea ahora es ésta: nuestro mundo va a perecer, si alguien no desenmascara a ese enemigo cruel, insensible y solapado, que puede meterse en nosotros sin que sepamos aún

cómo. Ya no somos nosotros solos, tú y yo, quienes contamos. Igual que en el hospital combatimos una enfermedad o un dolor, igual hay que combatir a este adversario. Sin vacilaciones, sin debilidades ni desfallecimientos funestos.

—Stella, esto es demasiado horrible para meterte en ello. No puedo permitir que tú corras un peligro así. Alguien más tiene que creerme, alguien que no seas tú.

—No, Mark —ella movió la cabeza de un lado a otro—. No van a creer en ti, y tú lo sabes. Estamos solos. Solos, en medio de una ciudad cancerosa, comida por el invasor. Unos te tomarán por un loco o un asesino. Otros, los que «saben», porque están «poseídos», procurarán eliminarte. De un modo u otro, has de luchar contra todos y de todos defenderte para no perecer. Y en esa lucha, Mark… —Me tomó por un brazo, frenando el coche junto a una hilera de oscuros árboles—. En esa lucha no estarás solo, bajo ningún pretexto. Ahora que me has convencido de tu verdad, no me apartaré de ti, para bien o para mal.

No sé por qué lo hice. Pero me encontré besando unos labios mucho más cálidos y apasionados de lo que yo supuse nunca. Y me gustó el contacto. A ella también, porque no me dejó retroceder.

Cuando nos separamos, comprendíamos que había algo por lo que lucharíamos ferozmente contra aquellos seres abominables, sin alma ni sensibilidad: por algo que no está en el cerebro de los humanos ni en sus células mentales, sino en nuestros corazones, en nuestros espíritus. Al fin y al cabo, los hombres no somos tan malos como se dice. Habrá defectos en nosotros, pero sabemos sentir, amar, soñar. Cosas que ninguna de aquellas repugnantes criaturas amorfas entendería jamás, por mucho cerebro que tuviesen.

Procuré volver a esta cruda realidad, desprendiéndome del influjo seductor de Stella. Dije, con una brusquedad que a ella no le causó extrañeza ni desagrado, porque entendía la clase de lucha en que nos estábamos debatiendo:

—Vamos, Stella, cariño. Guíame al bar de Marty. Creo que debo visitarlo a toda costa…

Me guió en silencio, apretando los labios en gesto de inquebrantable energía. En aquel momento, adoré con toda mi alma a la muchacha. Y comprendí que estaba loco por ella.

* * *

El mismo silencio de antes nos acogió en el local céntrico de Marty. Era muy avanzada la madrugada y no transitaba nadie por la avenida Lincoln. Habían regado la calle, y el asfalto aparecía negro y reluciente. Nos evadimos a una patrulla de la policía local metiendo el «Cadillac» en un callejón sin salida. Desde allí cubrimos a pie la distancia hasta
«Marty's».

Los cierres metálicos, no ofrecían facilidad alguna para penetrar en el establecimiento. Sin embargo, yo conocía, otro paso más accesible. Había al lado del bar un taller de reparación de bicicletas, cuyas puertas eran simples vidrieras cerradas con un candado. Stony Springs había sido siempre un sitio con escaso índice de delincuencia. Además, ningún ratero pensaría en robar nada de aquel humilde taller.

Stella traía, por indicación mía, una llave inglesa y una barra de hierro del compartimento de herramientas de su coche. Unos golpes me bastaron para romper la débil cadenita cerrada por el candado. Miré alrededor, receloso. Temía casi tanto a un policía de vigilancia como a uno de los entes gelatinosos. Ni una ni otra especie asomó en la mojada calle.

Hice una viva seña a Stella, y penetramos en el taller. En menos de un minuto habíamos cruzado el taller, con su intenso olor a aceites y lubricantes, saliendo por una puertecilla a un patio reducido, donde el número de desperdicios superaba con mucho al espacio disponible para acumularlos. Un gato huyó maullando irritado, y sonaron unas latas vacías.

Stella estaba muy pálida cuando la señalé una tapia poco elevada, diciendo:

—Al otro lado. Yo saltaré primero, Stella. Te ayudaré desde arriba. No sueltes la barra ni la llave inglesa. Podemos necesitarlas… y mucho. Todo depende de lo que encontremos ahí.

—¿Esperas encontrar realmente algo? —me preguntó ella.

—Si mi teoría es cierta… sí —dije sin aclarar más.

Ella no insistió. Pude auparme a lo alto del muro, subiendo también a Stella sin dificultades. Saltar al lado opuesto, fue aún más sencillo.

Una puertecilla conducía a la puerta de la cocina y lavabos del bar, en la trasera del mismo. Estaba encajada, pero también la forzamos, sin grandes escrúpulos de conciencia. No era momento de sentirlos tampoco.

El pasillo que conducía al bar, estaba oscuro y no ofrecía ninguna faceta agradable. Puse a Stella detrás mío, y avancé lentamente, sin ruido, empuñando en mi mano derecha el revólver, que sólo conservaba dos proyectiles. Podía recordar aquel pasillo y sabía que unos diez o doce pasos nos pondrían en la entrada al salón del bar. Al dar el paso duodécimo, me detuve.

El silencio allí era quebrado por un leve rumor: agua, agua y algo vivo dentro de ella. El acuario estaba emplazado a mi derecha. Una vez o dos había visto a Marty o a Scott dar la luz azul del mismo. Un interruptor situado exactamente a dos palmos del rectángulo de cristal.

Me moví cautelosamente en la dirección indicada, alcé la mano armada y toqué el interruptor con el extremo de mi revólver. Luego, empujé. Y la luz añil del acuario llenó de una vaga luminosidad fantasmal el lugar.

Stella se hizo instintivamente atrás, ahogando una exclamación de alarma. Miramos las sillas, mesitas cubiertas de manteles de materia plástica a cuadritos, el largo mostrador, desierto como todo… y detuve mis ojos en el acuario, bañado, en luz azul. No, no me había equivocado. Otra vez, la tercera en la misma noche.

El monstruo había intuido acaso mi presencia. Estaba metamorfoseándose, saliendo en forma de materia blanda de un cangrejo al que difícilmente hubiera reconocido cualquier asiduo a «Marty’s».

El crustáceo, lento y perezoso que todos conocían, era una especie de desconocido monstruo, un ser de pesadilla, cuyo aspecto, a aquella escala, daba pánico.

Enormes pinzas dentadas, ojos redondos, vivos y malévolos, antenas color cobre, vibrátiles y tensas. Un enorme desarrollo ciclópeo, anormal, le hacía casi rebosar del gran acuario. Ni un solo pez aparecía en torno suyo, como si todos hubieran sido devorados ya.

Y el cangrejo maldito estaba transformándose, repitiendo la espantosa evolución física que yo viera ya en dos ocasiones. La

gelatina viva flotaba en el agua, avanzaba hacia el cristal de la vitrina llena de agua… Fascinado, esperé su acción siguiente, alzando el percutor del revólver. Quería ver más, saber lo que intentaba el ser encerrado en la jaula de cristal. Stella gritó horrorizada, en el paroxismo del miedo, del asombro, de la incredulidad.

Porque la materia viva golpeó una sola vez el vidrio… y éste se abrió de arriba abajo, dejando escapar un torrente de agua coloreada. Yo disparé entonces.

El vidrio se astilló mucho más, se hendió en forma de tela de araña, y mi bala penetró en la dura caparazón del crustáceo, disolviéndole la cabeza en fragmentos antes de que se hiciera gelatina viva.

La detonación casi nos ensordeció los tímpanos dentro del solitario recinto. Pero yo miré a Stella con una satisfacción salvaje. Moví el cilindro del arma, dejando ante el pico del percutor la última bala.

—Otro menos —dije, convertido en un verdugo implacable—. No importa contra lo que nos enfrentemos, Stella. Un cangrejo, una mosca, un perro, un ser humano, cualquiera puede ser uno de *ellos*. Eso es lo horrible de esta guerra.

—Dios mío, Mark… —Ella parecía a punto de desmayarse, y no lo comprendía—. Era… eso.

—Sí. Aún después de contado, resultaba duro verse ante una de esas cosas. Vamos, vayámonos de aquí. Pronto se llenará esto de policías, cuando alguien denuncie el disparo oído.

Ella dirigió una mirada de asco al monstruo, y yo tampoco escapé a la tentación. Era pavoroso. El crustáceo retorcía sus dentadas extremidades, semitransformadas, y la gelatina viva reptaba, indefensa, entre el agua del acuario, imposibilitada de vivir y desarrollarse, por la muerte del cuerpo vivo que era su conducto y medio de existencia hasta recuperar su forma total.

Después, salimos corriendo por el pasillo, alcanzando el patio posterior. De allí, regresamos al taller de bicicletas, saliendo a la calle en el momento en que al final de la avenida sonaba el silbato de un agente, y el macadam mojado repetía lejanos pasos.

Corrimos hasta el «Cadillac», subiendo en él y poniéndolo apresuradamente en marcha. Stella no podía conducir ni apenas

pensar con frialdad. Encogida en el asiento, se limitaba a balbucear cosas sin sentido mientras yo hacía retroceder el coche, tomar la Avenida Lincoln en dirección opuesta a
Marty’s,
y perderme hacía las afueras.

—¿Y ahora, Mark? —gimió ella, sobreponiéndose a su tremenda impresión, al cabo de unos minutos de silencio.

—Ahora vamos a ir al hospital, Stella. Quiero ir atacando al mal en cada uno de sus refugios. Si el cáncer está ya en todas partes, lucharemos hasta morir.

—¿Servirá de algo nuestro sacrificio, Mark? —interrogó ella, abatida—. Yo creo que sería mejor lograr alguna prueba, avisar entonces a Davies, al alcalde, al gobernador, a todas las autoridades. Ofrecerles el panorama que realmente existe; y acaso entonces crean y empiece la verdadera lucha. No sé sí venceremos o nos aniquilarán *ellos*, pero de un modo u otro, luchar solos contra unos invasores así, es un sacrificio inútil.

—Acaso tengas razón, Stella. Tengo una idea mejor.

Paré con un brusco frenazo ante un teléfono público. Miré en torno. No había ser viviente alguno en todo lo que alcanzaba la vista. Eché una moneda que Stella me facilitó, y marqué el número del hospital Bellamy. Pregunté por el doctor Walcott, y pronto escuché su voz, como un sedante para mis maltrechos nervios:

—¿Diga? ¿Quién me llama, por favor?

—Escuche, doctor Walcott —dije, con tono intenso, angustiado, y le sonreí vagamente a Stella, que estaba detrás mío, apoyando sus manos con fuerza en mis hombros, escuchando las voces que llegaban por el receptor—: Tengo que comunicarle algo horrible. Estamos siendo invadidos por una raza de seres espantosos. Proceden de otros mundos, y llegan a la tierra en aerolitnaves del espacio o cosa parecida. No estoy loco, déjeme seguir, no sé si son seres, semilla, animales o monstruos emigrados de algún planeta lejano. Lo que sí sé es que son CEREBROS. Pura y estrictamente cerebros vivos, gelatinosos, capaces de meterse en un ser humano y absorber sus ideas y recuerdos, sin que nadie note la diferencia, dirigiendo sus actos y obras. Sólo un dolor de cabeza acusa a los que están *poseídos*. La señorita Hunter ha visto, como yo, la nueva transformación de uno de esos seres. Por el amor de Dios, Walcott,

maten al doctor Browner, maten a todos los enfermeros aquejados de ese dolor, a enfermos o médicos o visitas, no importa quién sea. Esto es una guerra, una guerra feroz, a muerte. Ayúdeme a demostrar la verdad al mundo, antes de que sea demasiado tarde.

Esperé. Walcott soltó una risita larga y burlona. Yo me excité de nuevo.

—¡Walcott! —grité—. ¡Es cierto, es cierto, no me tome por un desequilibrado!

—No, Colby, yo le creo —volvió a reír al extremo del hilo, haciendo vibrar el receptor—. Le creo, porque *sé* que dice la verdad. Pero nadie va a creerle. Están solos los dos, perdidos en mitad del enemigo. Les venceremos, Mark. Les venceremos antes de que nadie crea en sus palabras. Somos más poderosos qué usted, pobre ser. Es imposible que huyan. Estamos en todas partes, les acechamos en todo momento…

Con los cabellos erizados y un sudor frío por todo el cuerpo, colgué el receptor. Lo solté como si la gelatina viviente pudiera brotar por él y apoderarse de mí. La horrible verdad se abrió paso en mi cerebro, mezclada a palabras de Walcott: «LES VENCEREMOS… SOMOS MAS PODEROSOS QUE USTED… ESTAMOS EN TODAS PARTES… LES ACECHAMOS…».

Me volví a Stella, que temblaba febrilmente, con los ojos dilatados. Gemí, alelado:

—Estarnos perdidos, Stella… También Walcott… también el doctor Walcott es uno de ELLOS…

CAPÍTULO VII

LA AMENAZA VISCOSA



l descubrimiento nos dejó durante bastante tiempo sumidos en un verdadero caos de ideas.

El cerco se estrechaba.

Y lo malo es que el mundo estaba ciego, que nadie querría ver la realidad de lo que sucedía, Si Brownerg Walcott y otros enfermeros y médicos del hospital eran ya monstruos revestidos de una simple apariencia humana, era indudable que el establecimiento clínico entero era una inmensa base de invasores. Acaso una de tantas, en una ciudad, devorada por el virus viviente que había llegado de otro planeta.

—Stella, esto es horrible… —Miré en torno mío. La carretera, sin vehículos, las largas hileras de árboles recortándose contra un cielo azul, limpio y estrellado. Un cielo que hasta entonces inspirara romanticismos, poseía ansias de conquistas siderales en los

humanos. Ahora, ese mismo cielo, ese firmamento cuajado de astros, era nuestra peor amenaza. Una infinita y pavorosa espada de Damocles suspendida sobre la raza terrestre…

—No tenemos donde ir —asintió ella, comprendiendo mis pensamientos—. Posiblemente todos los sitios son auténticos nidos de un ejército gelatinoso que va infestando la superficie terrestre. Ya no podemos saber quién es de los nuestros… o de los otros.

—Amanecerá dentro de poco, Stella —dije, mirando el cielo, de un azul crudo por oriente—. Y entonces nuestra huida no podrá continuar. Unos u otros nos cazarán. Y te juro que no sé ya en qué manos sería preferible caer. Quizá, después de todo, sea morir *convertirse*. Walcott parecía feliz de pertenecer a su mundo. Y Scott, y Baxter, y todos… Entonces vendría nuestra liberación, Stella. Dejaríamos de correr en la noche, en esta horrible, larga y solitaria noche, como dos perros rabiosos a los que es preciso exterminar a toda costa.

—Mark, no hables así —ella, temblando, se acurrucó contra mí —. Entonces no podríamos amarnos. Seríamos dos marionetas, dos autómatas de carne, con un cerebro igual, mecánico y frío, que acaso otras mentes superiores, desarrolladas gigantescamente, controlan desde otros mundos remotos, desde galaxias que nosotros desconocemos, Mark. Estoy segura de que monstruos así no preceden siquiera de Marte, de Venus, de Júpiter ni de ningún otro planeta de nuestro sistema. Son… son formas de vida demasiado horribles y distintas a las nuestras. Sólo Dios sabe de qué lejano mundo llegan tales invasores… Y todavía es deber nuestro, tuyo y mío, frenar la invasión, poner un dique, débil o no, que advierta a los demás hombres del peligro que corre la vida sobre la superficie de nuestro planeta.

—Tienes razón. No sé cómo puedo dejarme vencer por el desaliento, el miedo y la falta de fe en todo. Escucha, Stella, necesito tiempo, tiempo para pensar. Hay algo que rueda por mi cabeza, algo a lo que no he dado hasta ahora la importancia que sin duda merece, y que mi subconsciente ha registrado. Ha habido un momento en que yo he pensado en un arma para contener a esos seres y poder atacarlos. Pero no sé, no recuerdo… ni siquiera fue un pensamiento claro. Si tuviera unas horas tan sólo, unas horas de reposo, de paz… Con el nuevo día, podríamos intentar algo.

—¡Ya está, Mark! —Su propia belicosidad me sobresaltó.

Los ojos brillaban, excitados.

—¡Tengo un refugio ideal para unas horas!

—¿Dónde? Tu casa no creo que nos sirva. Está en pleno corazón de la ciudad y…

—No, no. Me refiero a un lugar lejos de la ciudad, a donde la horda no ha podido llegar aún. ¿Te hablé alguna vez de mi tía Norah Marston?

—Sí, algo recuerdo. Me dijiste que reside en una granja de Cedar Fields, ¿no es eso?

—Tienes buena memoria, querido —me tomó del brazo, febrilmente, llevándome al coche. Lo pusimos en marcha y salimos disparados carretera adelante. Mientras conducía yo con mano relativamente firme aún, ella iba relatando—: Tía Norah es una buena mujer. Vive sola, en compañía de sus gatos, su excelente colección de flores cultivadas y sus campos de frutas. No tenemos necesidad de explicarle nada de nuestra aventura. Es demasiado sencilla para poner su imaginación a tal nivel. Aún en el caso de que nos creyera, no entendería una sola palabra. Será mejor urdir una historia sensiblera y patética, Mark.

—¿Qué clase de historia?

—Eso, déjamelo a mí, querido —sonrió Stella, traviesamente,

* * *

¡Cielos! Bien que lamenté dejárselo a ella. Mientras escuchaba, contrito y con aire culpable, el terrible cúmulo de folletinescos sucesos que salían por boca de Stella, ante el ingenuo pasmo de tía Norah, me arrepentía más y más de haberle dado la voz cantante. Según el relato patético de la muchacha, yo era un desdichado, víctima de atroces circunstancias que me habían llevado al crimen y al delito por librar a la dulce Stella de un cruel chantajista. Ni en la época dorada del cine mudo se hubiera podido pedir nada más enternecedor.

Creí que la buena de tía Norah acabaría derramando lagrimones de emoción, pero se contuvo mucho mejor de lo que se podía esperar, y dirigiéndome una mirada capaz de derretir a las piedras, me prometió solemnemente:

—Mi joven y desgraciado amigo; yo le prometo que mientras viva, nadie pondrá su mano sobre usted. Aquí, en mi casa, tienen refugio seguro hasta que ese tremendo cúmulo de errores se resuelva. La justicia siempre brilla al final, hijos míos.

Yo empezaba a dudar de esas teorías, pero me limité a asentir, con aire turbado, en vez de mandar al diablo a Stella, a su tía y a todo aquel galimatías truculento urdido por la muchacha.

—Gracias, señora Marston —me creí obligado a decir, tragando saliva.

—Eres muy buena con nosotros, tía Norah. —Stella la besó en los grises y pulcros cabellos—. Sólo en ti podemos confiar en estos momentos…

—Vamos, vamos, no os preocupéis —se incorporó. Su menuda figurita, torpe de movimientos, caminó hacia la escalera. Su rugoso rostro irradiaba simpatía y buena fe. Yo hacía mucho tiempo que no experimentaba ya nada parecido. Nunca se debía de permitir que seres así terminaran devorados mental y espiritualmente por un montón de viscosa gelatina viva.

—Os mostraré las habitaciones que ocuparéis. Creo que tu compañero y tú necesitáis descansar unas horas. Os puedo despertar a la hora de tomar el almuerzo, ¿no os parece?

Su bondad llegó al extremo de servirnos dos tazas de café bien cargado. Creo que nunca me he tomado nada con mayor avidez que entonces. Incluso repetí mi dosis de café sin azúcar Después, tía Norah, a quien yo casi veía con alas blancas y angelicales abiertas a sus espaldas, nos dejó en nuestras habitaciones respectivas.

Miré en torno. La luz del día entraba, azul y cruda, por la ventana. A través del tabique, me llegaron los golpes que Stella daba sobre el muro. Sonreí. Era la habitación de tía Norah y de ella. Y ésta la mía, contigua a la suya. Así me sentía tranquilo. Podría vigilar a las dos mujeres, en el caso de que el peligro viscoso llegara a la lejana granja.

Cerré previsoramente con llave y cerrojo, puse mi revólver, con su bala postrera, bajo la blanda almohada, y me dormí.

Dormí poco, mucho menos de lo que mi cansado cuerpo y mi maltrecho cerebro necesitaban. Tuve pesadillas tan horribles, que cuando me sentí cubierto de gelatina viviente hasta el cuello, desperté dando un brinco desesperado. Lo único que rodeaba mi

cuello era la sábana, revuelta y tensa. Casi me entraron ganas de reír.

El sol subía ya por el firmamento azul, y hacía penetrar amplios rayos dorados en mi habitación. Gruñendo entre dientes mi mal humor, me levanté y fui a la ventana, para correr las cortinas color gris floreado. Al tirar del cordón, vi a mis plantas el jardín e invernadero de tía Norah. En el acto, volví a tirar del cordón, esta vez a la inversa.

Atónito, contemplé el panorama a mis pies. Jamás había visto destrucción mayor desde que presenciara el destrozo de Sands Farm, al fugarse los monstruos de Kossac. Arriates aplastados por alguna horda brutal, flores machacadas, tallos macerados… y apenas las ruinas del pabellón de cristales que fuera un invernadero.

Desde allí podía ver los tiestos, recipientes alargados y demás sitios de cultivo de flores, arrasados por una fuerza irritada y furiosa. Brotes, capullos o flores en pleno desarrollo, eran simple pulpa multicolor, envuelta en tierra, vidrios y hojarasca.

Absorto, cerré las cortinillas. Volvía a mi aquélla, idea que siempre pugnaba por escaparse. Traté de aferrarla y se me escapó. Pero dentro de mí continuaba una sensación angustiosa y opresiva, de miedo latente. Pero miedo ¿a qué? ¿A la amenaza blanda de los seres llegados de más allá de nuestra atmósfera y acaso de nuestro sistema solar? ¿Al porvenir… o al mismo presente?

Vacilé, caminé, como sonámbulo, hacia la puerta. La abrí y escruté el pasillo, silencioso. De abajo, me llegó el gorgoteo de un recipiente puesto al fuego. Y un olor intenso a café. Sonreí al pensar en tía Norah. Me estaba dejando llevar por mis temores. Aquello rezumaba tranquilidad y paz. Era un rincón ideal en el caótico mundo de aquellos momentos.

Miré a la puerta vecina. Detrás de ella, dormía Stella. Hubiera querido entrar a verla. Saber cuál era la expresión de su rostro adorable, mientras reposaba, lejos de aquel infierno invadido que empegaba a ser la Tierra. Su idea me dominó. Salí al corredor, miré hacia abajo y vi la figurita simpática de tía Norah, moviéndose en el *living,* ajena a su presencia en la galería superior. Avancé hasta la puerta y abrí, poco a poco.

El dormitorio de tía Norah era acogedor y limpio como toda la

casa. Muebles claros, cortinajes de cretonas festoneadas de volantes. Y en un amplio lecho, ella. Dormía, pacífica y dulcemente. Me acerqué de puntillas, sin hacer ruido.

Me incliné, besando sus rojos labios carnosos. Ella se agitó un poco, esbozando una sonrisa. Al erguirme, tropecé con un vaso de agua colocado sobre la mesilla. Lo derribé. Apurado, me agaché a recogerlo. No era un vaso, sino uno de esos recipientes destinados a mantener flores frescas. Pero no había ni una flor en él. El agua derramada, empapó unas pastillas sonrosadas, apiladas junto a un tubo en el que se leía el nombre del específico y la mención: «Para dolores de cabeza, jaquecas, mareos y toda clase de neuralgias».

Ya había hecho bastante daño allí. Recogí todo como buenamente pude, y salí de nuevo. En el corredor me esperaba una sorpresa. Me encontré cara a cara con tía Norah, que subía una bandeja con dos tazas de café. Tras de ella, maullando, iba un delicioso gatito blanco, de redondos ojillos verdes, fosforescentes.

—¡Señor Colby! —exclamó, sorprendida—. Pero… ¿por qué se ha levantado ya? ¿Qué hacía ahí dentro a estas horas?

—Me desperté y se me ha ido el sueño sonreí, disculpándome torpemente. —Perdone… Creo que, a pesar de todo, debo intentarlo. Volveré a la cama…

—Será mejor… —sonrió ella—. Sus nervios no le dejan descansar, y es comprensible. Han sufrido demasiado esta noche los dos… Vamos, tome este café y apúrelo. El otro es para Stella. Mi pobre sobrina también ha estado pasando un sueño muy inquieto.

Le di las gracias con un murmullo, tomé una de las tazas y entré en mí cuarto de nuevo. Cerré tras de mí, y apuré un largo trago de café. Su amargor me hizo poner mal gesto. El café me gusta sin azúcar, pero aquél estaba demasiado cargado. Bueno, a fin de cuentas, acaso fuera mejor. Consumí toda la taza, y me dispuse a echarme. Lo dudoso era que ahora conciliase el sueño con tanto café dentro de mí.

Nada más sentarme en la cama y fijar los ojos en mi mesilla de noche, con su búcaro carente de flores y de agua, una idea me asaltó la mente. Creo que la idea siempre había estado dentro de mí, y en aquel fugaz instante, perforó el subconsciente, llegó al fondo de mi cerebro y golpeó allí con un seco y violento martillazo que tuvo la virtud de hacerme poner en pie de un brinco.

Ideas sueltas me atacaron en oleadas… Un invernadero destrozado, un tiesto roto, otro invernadero, unas píldoras contra la jaqueca, un gato de ojos centelleantes, arriates machacados, búcaros y floreros vacíos, y café… ¡Café!

Me llevé las manos a la cabeza, angustiado. El dormitorio daba vueltas a mi alrededor. Me sentía hundir en una blandura espesa, confortable y adormecedora. Como hipnotizado, miré la taza vacía. La arrojé contra la pared, furioso. Tambaleándome, llegué a mi revólver y lo así. Los dedos parecían de madera, por lo difícil que resultaba moverlos.

Al otro lado del tabique, un rumor extraño, sibilante, empezó a percibirse. ¡Stella!

—¡Stella! —grité, con un inhumano ronquido. No sé cómo luché contra el aturdimiento y la paralización progresiva de mis atrofiados músculos. Lo cierto, es que lo hice, que logré correr a la puerta, abrirla, saltar al pasillo.

El gato estaba frente a mí, arqueando el lomo y bufando. Tenía una cabeza demasiado hinchada, e incluso para un felino, los ojos verdes brillaban demasiado. Sin vacilar, levanté el pie. Le aplasté el cráneo. Así, sin vacilar, bestialmente. El pobre animal exhaló un maullido bronco antes de abatirse, con sus patitas delanteras reblandecidas por una incipiente metamorfosis que yo conocía bien.

Me volví a la puerta del cuarto de tía Norah. Cada vez me costaba más moverme y obrar con cierta rapidez de acción. Pero aun así, cargué contra la delgada hoja de madera. Al segundo impacto, ésta se arrancó de sus goznes y se derrumbó con estrépito. Entré como un torbellino en la habitación, apelando a mis últimas y escasas fuerzas.

Stella aún dormía. Tía Norah se volvió hacia mí. O lo que quedaba de ella. Que no era mucho, después de todo. Apenas medio rostro, deformado por un progresivo derretimiento en gelatina bermellón oscuro, y parte de su menudo y simpático cuerpecillo de anciana, metamorfoseado ya en viviente masa viscosa, ¡y apenas a tres pasos del lecho donde dormía Stella!

No sé de dónde saqué mis energías, pero levanté el revólver hacia ella y disparé. Tía Norah había muerto hacía mucho ya, cuando mi proyectil le voló los sesos o lo que le quedara de *ellos* dentro de su absorbido cerebro. No sentí matarla, porque no era a

ella, la viejecita afable y bondadosa, a quien borraba del mundo, sino al horrible ser que se había servido de ella para vivir, crecer y poder convertirse en un peligro latente para mis hermanos de raza, para seres como ella misma, como Stella, como yo… Tía Norah, sería otro de los oscuros héroes inmolados en aquella guerra de pesadilla.

La gelatina dejó de reproducirse. Se detuvo, como siempre ocurría al herir a un ser humano en período de transformación. El monstruo horrendo, cruel y viscoso, se retorció espantosamente, ansiando destruirme, como había intentado destruir a Stella.

Ella despertó en el momento mismo en que caía aquella mezcla indescriptible de mujer y horror gelatinoso. El disparo la arrancó a su sueño, y los ojos abiertos, angustiados e incrédulos de Stella, asistieron al fin de su infeliz tía Norah. Luego gritó, gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Yo la dejé, porque estaba demasiado débil y atontado para hacerla callar. Además, era la primera vez que ella veía aquel trueque fantástico en un humano.

Pero tenía que luchar contra aquella progresiva torpeza que subía por mis miembros y tocaba ya el cerebro. Sabía que había peligro, un peligro terrible, que se ceñía en torno a nosotros, que nos acorralaba, implacable. No podíamos defendernos más, no podíamos seguir luchando. Mi arma estaba descargada, mi mente enturbiada por el narcótico metido, en el café.

—¡Vamos, Stella! —exclamé—. Ella quiso penetrar en ti… y luego en mí. Lo absorben todo. Evidentemente, una vez sueltos de su envoltura humana, pueden multiplicarse, entrar en varios cuerpos a la vez. ¿Supones lo que eso significa? Un solo cuerpo gelatinoso puede invadir el mundo… con tiempo para ello… Pero ahora sé… sé que hay un arma, un antídoto, un medio, sino de destruirlos, de localizarles, de matar a los seres humanos que llevan dentro ese… ese horror —me apoyé en la mesita. Vacilaba, a punto de caer—. Vamos, Stella. Hay que entregarse a alguien que no esté *poseído*… Antes de que sea demasiado tarde…

—Mark… ¡Oh, Mark, esto es horrible! —Ella saltó del lecho, se abrazó a mí, sollozando histéricamente. Pero no precisé exigirle nada. Se dio cuenta de mi estado y comprendió que le correspondía toda iniciativa. Se irguió, secando sus ojos, y dijo fríamente—: Adelante, Mark. ¿Qué hacemos entonces?

—Volvamos… Volábamos a Stony Springs… —dije, sin hacer caso de su gesto atónito—. Es mejor… meterse en la boca del lobo. Jugar la última carta… y morir, si es preciso.

Estaba perdiendo la conciencia de las cosas y ella se daba perfecta cuenta. Me condujo como buenamente pudo, hasta la puerta del garaje anexo a la granja. Cruzamos sobre arriates expoliados de flores de todas clases. Pero yo apenas veía ya nada. Me metió en el «Cadillac» a duras penas, y puso en marcha el motor. Retrocedió, hasta encontrar la carretera… y allí se quedó inmóvil, frenando el vehículo. Yo me erguí, con mis últimas fuerzas conscientes, y miré a un lado y otro del camino. Los coches-patrullas de la policía nos cercaban por completo. Vi borrosamente las figuras de Morgan, el comisario, y otros agentes uniformados, que se encaminaban hacia nosotros, resueltos a capturarnos. Angustiada, me interrogó Stella:

—¿Qué hago, Mark? ¿Qué puedo hacer ahora?

—Entregarnos… —balbucí, al borde de la negrura apacible y soporífera que iba acogiéndome en su seno—. Entregarnos a *ellos*… y pedir a Dios que no sean… que no sean *poseídos*.

Entonces me hundí definitivamente en mi inconsciencia, estúpidamente vencido y estúpidamente inerme. De allí en adelante, el destino de nuestra raza estaba en manos del Todopoderoso, y para Él fue mi último pensamiento en el mundo que dejaba.

CAPÍTULO VIII

EL TALÓN DE AQUILES

stá recuperando el conocimiento —dijo alguien cerca de mí.

Parpadeé, para ayudarme a salir de la neblina en que parecía flotar. De un modo u otro, aún no despertaba en un mundo totalmente ocupado por seres gelatinosos y sin alma. Al sacudir mi cabeza y aclararse las imágenes, pensé en que todo podía haber sido un sueño. Un largo, desagradable y fantástico sueño, del que despertaba ahora, rodeado de personalidades.

Porque allí estaba el padre de Stella, el poderoso Hugh Hunter, estaba el alcalde Rawlins, estaba el «*sheriff*» Davies, agentes de policía, comisarios y, por último, estaba la persona más importante del mundo, al menos para mí: Stella Hunter.

—Ahora podremos saberlo todo —dijo Davies, ceñudo, mirándome largamente—. Por qué mató a Baxter, a Fred Scott, a

Norah Marston…

—¿Pero no se lo he dicho ya, señores? —clamó, desesperada, Stella—. Todo es cierto, rigurosamente cierto. Mark puede ayudarme en mi declaración. Él sabe más que yo…

De modo que era cierto. No había soñado. Miré a los ocupantes de la habitación. Ésta era un amplio despacho con los muros cuajados de libros. Por la amplia ventana, el sol entraba a raudales. Al otro lado de las vidrieras, vi circular a gentes apresuradas y normales, por Main Street. Era el despacho privado del alcalde Rawlins, en el City Hall. Me pregunté cuántos de aquellos transeúntes apacibles llevarían dentro un cerebro blando y gigantesco, presto a desenvolverse en cualquier momento para hacer presa en otros seres.

Me incorporé en el muelle canapé donde reposaba. Con un vivo ademán tiré a un lado las ropas que me cubrían. En el mismo momento, entraron mi director y un hombrecillo con lentes y aire perplejo. Reconocí al doctor Adams, de Stony Springs.

—¿Ya ha vuelto en sí? —estalló mi director, con mirada excitada —. ¿Qué ha dicho?

—Nada aún —informó secamente el alcalde. Su rostro, fuerte y cordial, se volvió a mí—. Bien. Mark, ya ve usted la expectación que ha producido su arresto en la ciudad. Incluso yo he hecho un alto en mi labor, para asistir a sus declaraciones. Se le acusa de asesino y de loco. ¿Qué puede alegar a eso? Ya comprenderá que nadie puede creer seriamente en la sarta de tonterías que nos ha relatado su amiga y compañera, la señorita Hunter. Ni siquiera su propio padre admite una palabra de esa fantasía novelesca, carente de sentido…

—¿Les has contado todo, Stella? —Me volví a ella, ansioso.

La muchacha estaba junto a su padre. Éste, altivo y lejano, como siempre, parecía separado de ella por miles de millas.

—Todo, Mark. Desde aquella noche en que te dejé frente a Sands Farm… Pero nadie quiere creer en mí. No puedo conseguirlo, a pesar de que he suplicado, jurado, amenazado…

—Déjalo, Stella, cariño —le dije, sonriendo.

Me senté en el canapé. Con simpatía, Morgan me presentó una panzuda copa de coñac, ante los labios. La apuré y le sonreí sinceramente. El licor me hizo mucho bien y, más animado, me

enfrente con aquel temible y escéptico tribunal, tan duro de pensar como el caparazón de una tortuga.

—Bien, señores. Voy a presentarles una bonita teoría. Después, si no logro convencerles ni presentar prueba alguna, ahórquenme, envíenme a la cámara de gas o a la silla eléctrica. Aceptaré todo de buen grado. Pero hasta un condenado a muerte tiene derecho a ser oído antes de ir al patíbulo, Alcalde, pido su licencia para hablar.

—Concedida, Colby —dijo Rawlins, tras una corta vacilación, durante la cual Davies pareció a punto de decir algo, pero terminó por callar—. Hable, y ojalá pueda convencernos.

—Eso es lo que pido al cielo, alcalde —dije, fervoroso—. Pero antes, necesito un pequeño preliminar. Morgan, venga acá, por favor, sin rencor por lo que le hice anoche en la celda, ¿eh?

Morgan llegó a mí, y se inclinó, esperando mis instrucciones. Yo escruté el fondo de sus pupilas azules. Me parecieron inocentes, vacuas y humanas. No advertí brillo anormal alguno. Sus sienes aparecían sin hinchazón ni venas demasiado marcadas. A fin de cuentas, tenía que confiar en alguien, y acaso Morgan fuese el único en quien tenía cierta fe. También cabía la posibilidad de alguna interferencia mental. Pero había que correr ciertos riesgos. Pronuncié unas palabras rápidas a su oído. Él me miro, entre sorprendido y perplejo, pero terminó por asentir. Y sin pedirle permiso a nadie, salió del despacho. Rawlins no hizo nada por frenarle. En cambio, Davies si trató de seguirle. Yo le frené:

—¡«*Sheriff*»! Prefiero que nadie siga a ese hombre ahora. Volverá enseguida. Alcalde, le ruego que no permita salir a nadie de aquí. Entonces hablaré.

Nuevas dudas. Se miraron todos entre sí, intrigados y recelosos. Rawlins cedió:

—Está bien. No saldrá nadie. Estamos esperando su relato.

—Gracias —aclaré mis ideas, miré entre esperanzado y anhelante a Stella, que me sonrió—. Todo empezó precisamente la noche en que Stella Hunter me llevó hasta Sands Farm para hacer un reportaje al profesor Kossac. Vimos cruzar un cuerpo luminoso el espacio, pero no le dimos importancia. Yo, menos que nadie. No he sido nunca dado a la fantasía, y mi director lo sabe. ¿No es verdad, señor Carmichael?

—Cierto —asintió el director del «Gazette», sorprendido—. Un

muchacho eficiente y frío.

—Yo aún me burlaba de ciertas teorías sobre visitantes de otros planetas. Lo cierto es que tampoco creía demasiado en los experimentos de Kossac, pero vi entonces cosas terribles. Había logrado ejemplares asombrosos. Demasiado asombrosos para ser obra de una pura evolución biológica. Allí había algo más, y él lo sabía. Kossac tenía miedo. Me lo confesó ante sus monstruos, allí mismo. Sus trabajos habían dado resultados que él no podía prever, como si se le fueran de la mano por obra de alguna influencia superior a la suya. No supe ver claro nada de todo aquello, y olvidé el asunto.

»De pronto, una noche, escapan los animales. ¿Por qué? Porque tienen una fuerza y una inteligencia de la que carecían hasta entonces. Aquella noche, Stella me había hecho notar que el aerolito cayó cerca de Sands Farm, pero yo no lo creí. Y era verdad. Pero no era el primero que caía. Otros cuerpos celestes, portando restos de vida de algún mundo muy lejano e ignorado de nosotros, llueven sobre el planeta Tierra desde hace tiempo. Van trasladando a nuestro suelo residuos vivientes de un mundo acaso muerto, en cualquier galaxia remota. Residuos que encontraron en el extraño mundo biológico de Kossac amplio campo de crecimiento y vida. Se *injertaron*, materialmente, en los seres de laboratorio mantenidos allí. Y permanecieron confinados en Sands Farm, limitados a su precaria vida, mientras otros hermanos suyos se extendían por el mundo. Las Vegas, cerca de aquí, también sufre esas consecuencias. Un granjero vio caer un aerolito. Luego, había desaparecido. Sin duda, logran hundirse en la tierra, fundirse con ella, sin dejar rastro. Pero su hijo sufrió la evolución. Un día, el pobre Weldron le vio convertirse en materia gelatinosa, y le mató.

—¿Materia gelatinosa? —rió Hunter—. Por Dios, Colby, la misma fantasía de mi hija…

—No es fantasía, señor Hunter. Es verdad. Estamos carcomidos ya por esa plaga. Seres gelatinosos, vivos, puro cerebro en forma de una masa blanda, color de plasma sanguíneo, que late dentro de muchos de nosotros, esperando brotar, aniquilar a la raza humana. Los más atroces invasores en la historia de la Humanidad. Refractarios a disparos, golpes o cualquier clase de medio de lucha. Sólo matando al ser humano que lo lleva consigo, cuando la

segunda metamorfosis aún no ha concluido, puede aún evitarse que siga viviendo. Pero la dificultad está en localizarlos, en señalar al que lo lleva consigo. Por eso murió Baxter, porque yo golpeé la gelatina, acaso cuando aún algún organismo humano Vivía en ella. Y por eso Kennedy, el otro ayudante, apareció igualmente muerto en el invernadero de Kossac. Y por la misma razón, maté a Fred Scott, mientras Marty, hecho pura gelatina, me atacaba. ¿Qué saben de Marty por ahora?

—Nada —informó Davies—. Ha desaparecido, sin dejar rastro alguno.

—Acaso ahora está dentro de otro ser humano, absorbiendo su cerebro, su saber, su vida. Viven así, alimentándose de nosotros, de nuestro cerebro y acaso de nuestra sangre, porque el plasma sanguíneo que Kossac guardaba en el laboratorio, fue absorbido por *alguien* el día de la fuga de los monstruos. Se meten en todas partes, en todos los cuerpos vivos. Especialmente, se desarrollan en medios líquidos. El cangrejo del acuario de Marty poseía un ser así dentro de su caparazón. Parte de ese ser fue lo que se introdujo en Marty y Scott. Ahora mismo, el hospital Bellamy es un auténtico cuartel general de seres viscosos, de enemigos de la existencia humana.

—¡Eso es lo más absurdo que oí jamás! —rió, divertido, el doctor Adams.

—¿Sí? —Le miré, belicoso—. ¿Es usted quien lo dice, o ese ser que lleva dentro en estos momentos?

—¿Qué mil diablos quiere decir? —estalló el alcalde Rawlins—. ¿Espera que creamos todo eso como justificación de sus crímenes, Mark Colby?

—No espero nada de ustedes. Estoy diciendo la verdad, la espantosa verdad, porque soy el único que lo sabe. Pero no van a creerme. Caminamos todos hacia la destrucción, y vamos ciegos hacia ella. Unos, porque no quieren creer. Otros, porque procuran que no se crea. Y recuerde que *ellos* son mentes superiores, cerebros fríos, implacables y agudísimos. Cada persona *poseída* por *ellos* se hace insensible al dolor, a las pasiones y sentimientos. Es un puro autómata, movido por un cerebro ajeno, absorbente y rígido. En estos momentos, de las personas aquí presentes, cualquiera, fíjense bien, CUALQUIERA, puede ser uno de ELLOS…

Stella gimió entre dientes, recordando sin duda un horripilante

cangrejo o una atroz… tía Norah, y se alejó de su asombrado padre, recluyéndose sola en un rincón. Miraba a todos con auténtico miedo. Rawlins, con el ceño fruncido, no se perdió esa reacción anómala. Me miró a mí con belicosidad.

—Vamos, Colby; usted ha sido siempre un periodista consciente, un hombre sensato. Todo eso suena a historieta infantil, acaso con demasiada fantasía. ¿No sería mejor confesar la razón de su manía homicida y dejarse de tonterías propias de niños?

—Escuche, alcalde —me puse en pie de un salto, eludí el contacto de una mano autoritaria de Davies y me aproximé a la primera autoridad de Stony Springs. Miraba como fascinado sus sienes, carentes de inflamación o venas anormales—. Ahora le voy a ofrecer una prueba. La prueba decisiva, que me llevará a prisión o nos lanzará a una guerra seria y resuelta contra esos invasores, ganemos o perdamos al fin. Pero es más digno luchar, aunque sea para morir, que aguardar, indiferentes y obtusos, la destrucción total.

—Bien. Eso le pido, Colby, una prueba; demuéstrenos esa fantasía futurista y creeré en usted. ¿En qué consiste?

—Sobre todo, alcalde, deben armarse todos. Tomen un revólver, un rifle, lo que sea. Y una vez con él al alcance de la mano, esperen. Todo está ahora en manos de Morgan. Si él cumple lo que he pedido, tendrá la prueba. Es el talón de Aquiles de esos monstruos. Dios quiera que mi teoría no sea equivocada, porque entonces… ENTONCES NO TENDREMOS ARMA ALGUNA CONTRA ELLOS.

Hubo una pausa, larga y violenta. Aun a su pesar, todos se miraron con súbita desconfianza. Sin pronunciar una sola palabra, Rawlins, fue a un armario, lo abrió con una llave, que extrajo de su bolsillo. Y presentó sobre una mesa varios revólveres y un par de automáticas. Davies extrajo su propia arma, e igual hicieron los dos policías uniformados y los dos comisarios del «*sheriff*». Aquello parecía un arsenal. No traté de tocar una sola arma. Yo era aún un preso, acusado de homicidio. Más valía no precipitar los acontecimientos.

—Bien, Colby. La escenografía está preparada —dijo Rawlins secamente, mirándome sin la menor concesión—. Ya sabe lo que ocurrirá si le falla su hermosa teoría interplanetaria.

Claro que lo sabía. Mi vida no significaba ya nada en aquel

trágico juego. Era la vida de millones de seres, desde nuestro Estado de Nevada a Nueva York o Washington, desde allí a las Bermudas, a Europa, Asia, África, Oceanía, países, gentes de todas las razas y colores, la gran familia de la Humanidad, pendiente de un hilo. Pendiente del acierto o el error de un oscuro reportero provinciano. ¿Era justo aquello? ¿Merecían mis pobres espaldas un peso tan grande? ¿Por qué siempre ha de ser el más insignificante de los hombres el héroe de toda epopeya trascendental en la historia del Mundo?

Estaba mirando a todos los ocupantes del despacho, describiendo un semicírculo con mis ojos penetrantes y sombríos: Davies, dos comisarios, Hugh Hunter. Stella un poco más allá, dos agentes uniformados, el alcalde Rawlins, el doctor Adams, el director de mi periódico… Diez rostros pálidos, desencajados, tranquilos, angustiados, inquietos o escépticos, según el modo de ser de cada cual. ¿Quién podía penetrar detrás de la máscara de carne de un rostro? ¿Quién podía saber si era un ser humano o uno de *ellos* lo que había detrás de cada cara? Yo no, desde luego.

Porque *ellos* sabían ya su punto débil: la inflamación de sienes, el brillo de los ojos. Y procurarían evitarlo. Para eso eran cerebros agudos, poderosos, máquinas mentales en acción a las que ningún detalle escapaba.

De pronto, la silenciosa reunión sufrió un dramático impacto. La puerta del despacho se abrió. Apareció Morgan. Y por cierto que no venía con las manos vacías. Aportaba a mi experimento mucho más de lo que podía pedirse.

—¡Cielos! —exclamó Rawlins—. ¿Qué mil diablos trae usted ahí, Morgan?

El comisario sonrió, como un niño sorprendido en un juego vergonzoso. Soltó la gran cesta que portaba con ambas manos y dificultosamente. Un hermoso bosque de flores irisadas, de todos los colores y con una misma característica, común a todas, apareció ante veinte pares de ojos llenos de sorpresa. Stella no era una excepción en el estupor general, porque ella ignoraba lo que yo me proponía. La característica común a todo el conjunto florido era su penetrante olor, un aroma intenso y pegajoso, que invadió rápidamente la estancia.

—Gracias, Morgan —dije, muy tranquilo. Luego, volví el rostro

hacia el alcalde, con una sonrisa triunfal—. He ahí mi prueba definitiva. Ése es el talón de Aquiles, el punto débil y vulnerable de nuestros poderosos enemigos. Un olor, un simple aroma, algo que a los humanos no afecta, de no ser adormideras o un aroma demasiado fuerte, en una habitación cerrada. Las flores, la belleza más perfecta de la naturaleza, el elemento más delicado y dulce de todos, es el arma que podemos usar contra *ellos*. ¡Son refractarios al olor de las flores, alcalde! Por eso Kennedy murió, sin duda atacado por alguien a quien él pretendía introducir su cerebro invasor, cuando la gelatina cobró forma bajo el aroma de las flores del invernadero. Por igual razón nuestros enemigos machacan, destrozan todo lugar con flores que encuentran. Por igual motivo, yo me salvé de pasar a ser un *poseído*, cuando un tiesto roto, roto por Scott o por Marty, en un acceso de furor contra sus enemigas, las flores, cayó sobre la forma blanda que estaba materialmente sobre mí. La vi encogerse y huir. Entonces no lo entendí, como no podía entender la razón de la metamorfosis de Baxter, después de cruzar el invernadero, ni siquiera lo entendí cuando vi los búcaros vacíos en casa de tía Norah. Pero era extraño que el invernadero y los arriates floridos, lo más mimado por la tía de Stella, estuviese tan machacado. De nuevo me encontraba con aquel odio feroz e implacable hacia las flores. Cuando tía Norah se convirtió en un invasor más, tuve la certeza. ¿Había dado con su punto débil? ¡Podía combatirles, localizarlos, decir al mundo la forma de luchar contra *ellos*! Bastaba un simple aroma a flores, un olor grato y bello para nosotros, demasiado espiritual y hermoso para que lo asimilen bien esos atroces cerebros que nos… ¡Cuidado, todos! ¡MIRAD!

Miraron hacia el punto que señalaba mi dedo, rígido y frenético. Uno de los agentes de uniforme había estado demasiado cerca de las flores, a pesar de que llevaba unos segundos rehuyéndolas; SE ESTABA TRANSFORMANDO EN UNA PULPA VISCOSA Y BLANDA, QUE CORRÍA POR EL SUELO YA. Con un asombro enorme, Rawlins y todos los demás clavaron allí sus ojos, incapaces de reaccionar. Yo no vacilé. Sabía demasiado de *ellos*, para dejar que uno cobrara vida. Terminarían sin duda con todos, de dejarle seguir adelante. Salté, arrebatando un revólver de la cintura de un comisario. Disparé una, dos, tres balas. Acribillé al pobre agente, que se derrumbó, entre goterones espantosos de gelatina estremecida. Grité, autoritario:

—¡No duden, ninguno debe dudar! Hay que matar, ¿lo entienden? ¡MATAR INCLUSO A AQUELLO QUE MAS DOLOR NOS CAUSE! ¡El que sufre esa transformación ya no es el hombre o la mujer a quien hemos conocido siempre, sino un autómata humano, ocupado por una mente enemiga que quiere aniquilarnos!

En torno al gran cesto de flores se había hecho el vacío absoluto. Todos rehuían su proximidad. Todos luchaban por mantenerse lejos del peligro oloroso. Yo mismo, me preguntaba si llegaría a derretirme alguna vez, si acaso toda aquella locura de combatir a un invasor así me la dictaba un cerebro de *ellos*.

Stella, cubierto el rostro con las manos, lívida de terror, gritaba al ver agonizar al policía ante sus ojos. Rawlins me miró gravemente. Yo le miré a él, sin vacilaciones.

—Colby, usted gana —dijo—. Pero… pero ¡es tan horrible, tan insospechado!

—Todo lo que usted diga, lo sé yo también, alcalde. Esto no es humano, no es de nuestro mundo, ni, como dijo Stella, siquiera de nuestro Sistema Solar acaso. Vendrán de mundos lejanos, donde la vida tiene formas distintas, caminos insospechados por nosotros. Es… la primera guerra entre mundos, mucho más espantosa que la imaginada por Wells…

—Colby, le nombro mi ayudante especial. Usted es el único que conoce a esos seres. Adelante, lleve la lucha, conduzca la primera guerrilla contra *ellos*. Vamos, hay que dar órdenes, lanzar la alarma al país, a la nación, al continente, al mundo entero…

—Espere —le frené—. No quiero que nadie salga de aquí aún. Probemos nuestra condición, Usted antes que nadie, alcalde. Tengo que confiar en alguien, en usted sobre todo.

Rawlins vaciló, intensamente pálido. Pero avanzó hasta las flores, siguiendo mi orden reflejada en los ojos. Olió largo rato el penetrante aroma. Sonriendo, se volvió a mí.

—¿Y ahora, Colby? —preguntó; más firme.

—Perfecto, alcalde. Usted, yo… —Me acerqué a las flores.

Llamé a Stella y ella se me acercó sin dudar. Soportamos bien la prueba, aunque yo tenía un miedo atroz. Si ella, si mi Stella se hubiese derretido como cualquier otro… me hubiera vuelto loco allí mismo. Pero seguía siendo aún la chica que yo conocí. Di gracias a Dios. Luego, rudamente, miré a Davies.

—Usted, «*sheriff*» —dije—. Obligue a sus hombres a permanecer unos segundos junto a las flores. ¡Rápido!

Davies tragó saliva y lo hizo así, al consultar con los ojos a Rawlins y asentir él gravemente, sus comisarios resistieron. El agente uniformado también.

Y Morgan, desde luego.

—Adelante. Ahora usted, «*sheriff*» —ordené—. Vamos, no podemos perder tiempo…

Davies reculó, con un gesto extraño en el rostro. Sus fosas nasales se dilataban, vibrátiles. Miré sus manos. Los dedos se derretían lentamente pero cobrando mayor velocidad. También las piernas y cráneo. Disparó Rawlins antes que yo, volándole la cabeza. Vi caer al que había sido honrado «*sheriff*» a mis pies, apenas iniciada su metamorfosis. Empezaba a entender muchas cosas. Luchando contra el horror que me atenazaba, miré a los demás. El doctor Adams, mi director y el padre de Stella, me miraron con avidez, esperando salvar la horrible prueba. Pero yo no iba a dejar pasar a nadie acuella puerta, sin estar seguro.

—Usted, señor Hunter —dije impasible—. Vamos ya…

—Mark, ¿es preciso? —suplicó Stella, mientras su padre dudaba —. Él es el de siempre, le conozco bien…

—También conocías a tu tía Norah, ¿no? Y yo a Fred Scott… Vamos, señor Hunter, adelante.

No quiso ni moverse. En vez de eso tomó un revolver con la sana intención de vaciarlo sobre mí. La reacción me cogió desprevenido. Y a Rawlins y a los demás también. Pero no a Stella. La muchacha golpeó su mano, gritando horrorizada. Luego, le miró al rostro, con dolor infinito. No vio en él nada humano. Además, empezaba a disolverse, hecho materia blanda. Le disparé sin piedad. Stella gritó de nuevo. Volvió a gritar cuando le alojé otra bala en el rostro, cubriéndoselo de sangre. Sangre mezclada con pulpa bermellón, viscosa.

Aquello parecía una matanza. Era la primera batalla seria. Los agentes siguieron vaciando revólveres sobre el desdichado Hunter, el padre de Stella. Pero ya no hacía falta. Estaba muerto. Él y su poseedor, su amo mental…

Adams, caminando como un sonámbulo, no esperó orden alguna. Resistió la prueba de las flores. Me volví a mi director, que

me estudiaba, entre asombrado y divertido.

—Es fantástico, Mark. El mejor reportaje en la vida de un periodista. Esto te hará famoso. Te he perdido, lo sé, pero escribe el último artículo para nuestra «Gazette». Será el clarín de llamada al mundo entero. Vamos, Mark, hijo mío…

Todos nos encaminamos hacia la puerta. Me sentía incapaz de ordenar a mi director la prueba de las flores. Era demasiado igual al que siempre fue. Sin embargo, al pasar ante la cesta, le di un violento codazo en el costado. Lo derribé exactamente sobre las flores. Lanzó un alarido demasiado terrible para ser algo tan inocente. No me sorprendió ver cómo se derretía velozmente. Rawlins, Morgan y los demás le cosieron a balazos, sin dejarme obrar a mí. Dios sabe lo que me dolió ver aquel final. Y no por el aumento de sueldo.

Tomé a Stella, sacudida por los sollozos, entre mis brazos. Silenciosos, todos fuimos hacia la salida. Yo me creí obligado a pronunciar al oído de Stella:

—Vamos, vamos, serenidad, querida. Tu padre no ha muerto ahí dentro ahora. Estaba ya muerto, absorbido por un ser ajeno a él y a ti, que te hubiera llegado a poseer también. Le habían destruido. Matando su cuerpo y su contenido, hemos vengado a tu padre, Stella. Eso es lo que todos los hombres y mujeres del mundo deben de entender, como lo entendió, antes que nadie, el granjero de Las Vegas que mató a su propio hijo, sabiendo que éste ya no era nada.

—Tienes razón, Mark. Sé que tienes razón… pero es horrible… horrible…

Rawlins me habló, precipitadamente, mientras sus agentes corrían a difundir la noticia, a forzar al mundo entero a realizar el experimento de las flores, para desenmascarar al enemigo y machacarlo implacablemente.

—Y ahora, Mark, ¿cuál es nuestro próximo paso? Dentro de media hora, la nación entera sabrá la existencia del invasor. Se le combatirá, y dentro de pocas horas, el mundo será un ejército unido contra ese adversario implacable. No sé si venceremos, pero…

—Al empezar una guerra, nunca se sabe si se vencerá, alcalde. Pero se lucha con la fe en esa victoria.

Y ésta es la peor y más sangrienta de las guerras que han existido. Ahora, hemos de ir a Sands Farm. Con todos los medios de

destrucción posibles. Allí está Waldo Kossac; recuérdelo. Y Kossac es, sin duda de ningún género, uno de *ellos*…

CAPÍTULO IX

«... Y ÉSTE FUE EL PRINCIPIO»

as horas siguientes a la terrible matanza del despacho del City Hall quedarán en mi memoria como las más terribles vividas después de aquella noche larga, infinita y cruel que Stella y yo habíamos pasado luchando contra los invasores de la Tierra y contra la incredulidad de los hombres que podían iniciar la lucha.

La lucha estaba ya iniciada. Por eso las calles de Stony Spring eran materialmente sembradas de flores por los hombres de confianza de Rawlins. Se requería inmediatamente la ayuda de cualquier hombre, mujer o niño que pasara satisfactoriamente la prueba, para seguir buscando flores, para introducirlas en los sitios más inverosímiles, para acosar a los invasores que carcomían nuestra ciudad en cantidad increíble, como estarían devorando otras ciudades del Estado, del país y del mundo entero.

Sólo es posible apreciar el ingenio, la inventiva y la imaginación del ser humano cuando se le enfrenta con una disyuntiva desesperada. Cada uno era un soldado, un guerrillero o un saboteador, al servicio de la más densa, internacional y despiadada de las legiones que jamás se forjaran en el mundo.

Sangre de hombres y mujeres que de tales ya sólo tenían la envoltura física, enrojecía las calles de Stony Spring. Se les perseguía como a perros rabiosos, se les aplastaba, se extremaba la crueldad, incluso, porque cada uno sabía que en su propia dureza y falta de sensibilidad estaba precisamente el triunfo del espíritu y de la vida sobre la Tierra.

Y aunque muchos hablemos y echemos maldiciones, nuestro viejo mundo es algo entrañable que no permitiremos jamás que nadie nos arrebate, por mucho cerebro que tengan.

Aún recuerdo con profundo horror el momento en que cuatro o cinco *cerebros* lograron su total metamorfosis sin ser destruidos. Sus enemigos pagaron caro el fallo. Fueron absorbidos inmediatamente. Pero acto seguido, docenas, cientos acaso de hombres enfurecidos, cayeron sobre los nuevos seres, destrozándoles de un modo que producía escalofríos.

Una nueva verdad llegó así a nuestro conocimiento. Una vez sobre nuestro planeta, los invasores no podían sobrevivir por sí solos, precisaban alimento, un alimento que estaba en el plasma sanguíneo o en la masa encefálica, y ello les obligaba a penetrar en otros cuerpos. Entonces, cuando se fundían con algún humano, era el momento de aniquilarle, aniquilando también al hombre. Porque todos sabíamos que éste había perecido ya en el momento de dar cabida dentro de sí al enemigo implacable de la Tierra. Matar a un hermano, un hijo, un padre o un amigo devorado por uno de *ellos*, era vengar al ser querido que se había perdido mucho antes de descargar uno el golpe mortal.

Stony Spring era una sucursal del infierno, asentada sobre un suelo cuajado de flores. Jamás he podido saber dónde buscaron las gentes tanta flor olorosa. El aroma embriagaba, aturdía. Imaginé que los seres del otro mundo debían de pasarlas muy mal.

Rawlins consiguió una avioneta militar. Dos pilotos no pasaron la prueba de las flores y tuvieron que ser rápidamente acribillados a tiros. Finalmente, logramos un piloto que era íntegramente

humano, y él nos condujo sobre la granja de Waldo Kossac.

Fue otro episodio horripilante de la historia de nuestra guerra. La guerra del mundo contra los que llegaban de más allá de nuestra atmósfera y de nuestro cielo.

* * *

—Indudablemente, Waldo Kossac ya fue *poseído* la noche misma en que yo visité su laboratorio biológico —explicaba a Rawlins, mientras la avioneta nos conducía a él, a Stella, a mí y a un grupo de soldados armados de ametralladoras, «bazookas» y granadas de mano, a la granja del eminente sabio investigador—. O acaso algún día después, eso no cuenta, Pero estaba rodeado de seres amorfos, metidos en sus animaluchos, burlándose de sus procesos biológicos, que *ellos* alteraban a su antojo. Cometió el error Kossac de hablarme de sus temores allí mismo, rodeado de cerebros sensibles, agudísimos, absorbentes. Captaron sus palabras y pensamientos, intuyeron el riesgo que era un cerebro como Kossac recelando cosas anormales, y le absorbieron. Sin duda, el propio pulpo cíclope que yo vi, o acaso la araña, ¿quién puede saber eso? Cada uno de aquellos animales se transmutó, al fugarse, en gelatina. Uno sería Kennedy, otro Baxter. Creo que Baxter mismo debió de matar a Kennedy cuando éste le atacó. Luego, otro cerebro viscoso se metió en él, ansiándole. Y toda la gelatina procedente de la granja, todos los cerebros vivientes, iban así viajando hacia otros cuerpos, para seguir nutriéndose con *ellos*… para continuar eliminando seres humanos y así ir invadiendo la Tierra.

—¿Crees que Kossac es uno de *ellos*, entonces? —Rawlins.

—Estoy seguro, alcalde. Negó cuanto me había dicho antes, se puso contra mí cuando yo empecé a ser un serio peligro contra *ellos*… Debí sospecharlo ya entonces, pero aún no sabía lo suficiente. Una pregunta, alcalde, ¿qué han hecho con el hospital Bellamy?

—Fue arrasado hace un par de horas, Colby —dijo sombrío el alcalde—. Un sobrino mío trabajaba allí. Imagino que ya no quedaba nada de él. Todo el edificio era un foco de monstruos vivientes. Como usted dice, ésta es una guerra sin corazón. Hay que terminar incluso con aquello que más se ama… Oh, perdón,

señorita Hunter…

—No importa, alcalde —exclamó ella, tristemente—. Eso es cierto. Yo lo sé muy bien…

—¡Allí está Sands Farm! —exclamé, señalando los vidrios, que brillaban al sol—. ¿Cuántas bombas hay a bordo, alcalde?

—Dos. No hemos podido disponer de más. Pronto llegará material militar de Carson City. Las emisoras de todo el país están difundiendo la alarma al mundo entero…

—Entonces, cuiden bien los blancos. No podemos fallar. Creo que Sands Farm es otro vivero de cerebros viscosos. No está solo Kossac, podría jurarlo.

Asintió el alcalde. El avión evolucionó. A una indicación del piloto, se arrojaron las bombas. Sands Farm saltó por los aires. Un proyectil cayó en el edificio gris que yo conocía. El otro en el pabellón anexo. El humo cubrió bajo nuestros pies todo rastro del edificio.

Después, a una indicación mía, descendimos en vuelo rasante. No apreciamos signo alguno de vida cuantas veces rozamos las ruinas humeantes. Se ametralló a mansalva todo el terreno visible, donde pudiera refugiarse una alimaña cualquiera. No podía olvidar que todo empezó con la sangre de un animal del desierto, trasplantado a un inocente calamar, de acuario.

Cuando juzgamos que nuestra labor estaba lista, emprendimos el regreso a la ciudad. El avión volaba a escasa altura. Acaso por ello pude distinguirlo, precisamente cuando volábamos algo apartados de la carretera, nada más dejar atrás las ruinas de la granja.

La cosa se ocultó bajo unas grandes rocas, pero yo la había visto. Mitad hombre y mitad gelatina viva. Grité al aviador, excitadísimo:

—¡Baje! ¡Aterrice ahí, vivo! ¡Creo que Kossac se nos ha escapado!

El piloto obedeció. Tomé un par de granadas y una ametralladora. Salté a tierra y corrí sobre la candente arena, hacia el macizo rocoso. Aquel ente blando no podía estar lejos. Y a tan escasa distancia de Sands Farm, sólo podía ser Kossac o alguien procedente de la granja biológica.

Rawlins y los soldados corrían tras de mí, gritando algo que yo no escuchaba. Stella me dirigió también, algunas advertencias. Me planté ante las rocas, escrutando sus sombras y recovecos con ojos

agudos. Era como buscar un lagarto escondido. Podía estar aplastado en cualquier sitio.

Algo brilló bajo uno de los peñascos. Fue un brillo rojizo, viscoso. Acto seguido arrojé una bomba de mano. La piedra voló en mil fragmentos… y con ella saltaron trozos de gelatina latente, viva y llena de movimiento. Un trozo me salpicó, rodó junto a mi zapato. Me eché atrás de un brinco, mientras lo miraba fascinado. ¡El fragmento de masa viva aún latía! No perecía al ser separado en trozos diversos… ¡Y Además Crecía, Aumentaba de Volumen, Formando Cada Trozo un Nuevo Monstruo, Independiente del Otro!

Me vi en un momento cercado por un semicírculo de masas gelatinosas, repugnantes, que iban hacia mí como culebras ponzoñosas. Casi podía sentir su odio en oleadas, golpeándome el cerebro. ¡Ellos Sabían que yo era su Peor Enemigo, el Causante de su Destrucción!

Empecé a disparar balas y balas sobre *ellos*, sin lograr nada. Continuaban cercándome, Y yo, como loco, vaciaba la ametralladora, sin entender la trampa mortal en que me estaba metiendo. Rawlins me salvó la vida. Ordenó a un par de soldados que me llevaran a rastras. Y obedecieron, arrancándome el arma de las manos, tirando de mí, llevándome a viva fuerza al avión, cuyo motor seguía en marcha, mientras sobre la arena reptaban los trozos vivos de gelatina roja.

Aun ya volando altos, seguí mirándoles fascinado, colérico, irritado, no oía ni veía a nadie más que a aquellos perversos seres allá abajo, casi confundidos con la arena.

—Vamos, Mark, querido, ¿te volviste loco acaso? —musitó a mi oído Stella—. *Ellos* son invulnerables en ese estado. Pero tú sabes que viven poco tiempo, sin vehículo físico. Morirán en el desierto, sin necesidad de que te sacrificaras estúpidamente… El mundo te necesita, Mark. Eres, el primer soldado en esta guerra…

—¿El primer soldado? —Salí de mi obsesiva manía, respiré hondo y tomé la cabecita de Stella entre mis manos—. ¿Y qué represento yo en esta guerra? ¿Qué representa hombre alguno frente a un enemigo así? Esto es sólo el principio. Mientras uno viva, no habremos perdido. Pero va a costar mucho vencerlos. ¿Has visto su naturaleza? Cada trozo, cada molécula o cada átomo de

ellos, puede independizarse y ser un ente completo… ¡Esto es horrible, Stella!

—Lo sé, querido, lo sé. Pero ten fe. Tú mismo lo has dicho siempre así…

—¿Fe? Me sobra, Stella. ¿Crees que no tenemos todos los hombres de la tierra mucha, muchísima fe, al iniciar una guerra así? *Ellos* son superiores, son más fuertes y más crueles. Y, sin embargo, vamos a guerrear, a luchar contra *ellos*, sin importarnos nada de nada. Si algo nos puede salvar, es precisamente esa fe que tú has dicho. Yo creo en mí, creo en ti, creo en el género humano, porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. No puedo creer en el triunfo de criaturas informes, desalmadas y puramente cerebrales, llegadas de un mundo más frío, remoto y apartado de Dios. Por eso tan sólo venceremos, Stella. Yo sé que venceremos… algún día.

—Cálmese, Mark, por favor —pidió Rawlins, preocupado—. Descanse, que lo necesita.

—Estoy calmado, alcalde. Y no preciso descansar. Nadie puede descansar ahora, cuando les hemos desenmascarado y vamos contra *ellos*. Stella, acaso ahora tengamos que separarnos y luchar por diferentes caminos. Tú serás una buena enfermera. En todas las guerras hacen falta, y en ésta más que en ninguna. Yo… tú lo dijiste. Soy un soldado de primera línea, Stella.

—Sí, Mark… —El llanto, la congoja, ahogaba sus palabras, que sonaron sordas—. Sí…

—Pero nos volveremos a ver, porque la victoria será nuestra. Ya lo verás, Stella, ya lo verás…

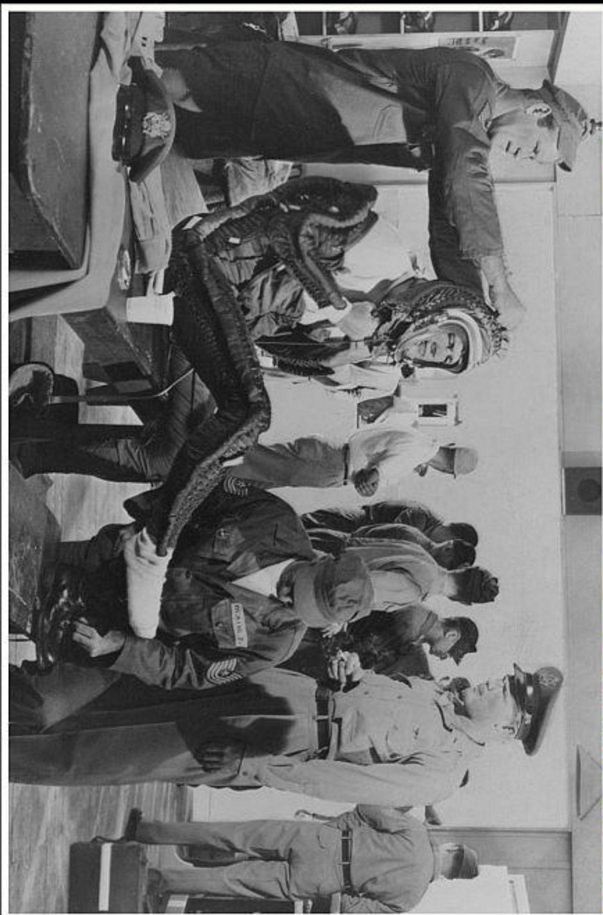
»Y por si no fuera así, por si esta horrible guerra que empezamos ahora, en el momento de terminar yo mi manuscrito, fuese perdida, después de todo, por la raza humana, besé a Stella en los labios, con toda la fuerza de mi amor, con el impulso puro y firme de un corazón dispuesto a seguir latiendo, a despecho de todos los entes blandos, cerebrales y viscosos que pudieran llegar a nosotros, procedentes de otros mundos perdidos en la negrura infinita que se extiende más allá de nuestros horizontes astrales, en galaxias ignotas y olvidadas…

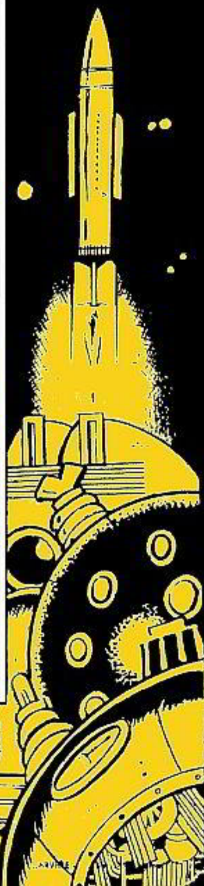
He relatado el principio de todo, la verdadera lucha sorda de un par de seres indefensos contra un mundo invasor y despiadado. Lo demás, el final del relato, hemos de ponerlo todos. Yo… y vosotros,

que iniciáis a mi lado esta guerra.

Que Dios siga siempre a nuestro lado, hermanos de la Tierra. Y así venceremos.







Escena de la película ON THE THRESHOLD OF SPACE, de 20th. Century Fox

Precio en España: 6.- **ptas.** En Argentina: **4** pesos



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.